

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

Nada humano me es ajeno

COLEGIO DE HUMANIDADES Y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

**La angustia. Efecto y construcción
en la obra *Veintisiete líneas***

TRABAJO RECEPCIONAL
PARA OBTENER EL TÍTULO DE
LICENCIADA EN CREACIÓN LITERARIA

PRESENTA
MERCEDES ADRIANA ARIAS GONZÁLEZ

Directora del trabajo recepcional
Mtra. Karla Paola Montalvo de la Fuente

Ciudad de México, junio de 2017.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

Dedicatoria

A mi madre por los cuentos que me narraba cada noche y que aún hoy recuerdo.

A mi padre y sus charlas que me inspiraron a crear a “Lola” y que, también, ayudaron a dar forma a otros personajes.

A Johanita, por su apoyo y ánimo a lo largo de todo este proceso. A Sergio por todas las veces que fue mi lector y mi crítico más duro. A toda mi familia por ayudarme a realizar este sueño de alcanzar esta meta que me propuse hace unos años.

A mi gran amigo, Alberto, por su confianza y por regalarme parte de su tiempo para leer este trabajo.

A mis profesoras y profesores, porque en cada cuento me llevo una parte de ustedes.

A la casualidad que me llevó a escribir Veintisiete líneas.

Contenido

<i>Introducción</i>	4
Veintisiete líneas.....	10
El árbol del jorobado.....	11
Extraños en la casa.....	13
Atrapado.....	15
Retorno.....	16
Nocturno.....	20
La tía Lola.....	24
¿Qué esperas, Katia?.....	29
La prueba.....	31
Mitin.....	35
La mirada de Niebla.....	40
Mi querido Joel.....	46
En mi cielo.....	49
Desde la puerta.....	53
Nostalgia.....	55
Reflejo.....	57
Veintisiete líneas.....	59
<i>Análisis del efecto y construcción de la angustia en la obra:</i>	62
<i>Veintisiete líneas</i>	62
<i>Introducción</i>	63
<i>La angustia</i>	65
<i>El cuento</i>	78
<i>Análisis de los cuentos</i>	83
<i>Conclusión</i>	100
Bibliografía.....	103

Introducción

El trabajo recepcional que llega a sus manos tiene como fin mostrar la obra creativa titulada *Veintisiete líneas*. Este es el resultado del trabajo realizado durante la Licenciatura en Creación Literaria. Al mismo tiempo, cuento a través de mi poética la manera en que intento construir el efecto de la angustia, elemento que da unidad a la obra. El trabajo se divide en dos partes; la primera de ellas la conforma el libro de cuentos. La segunda parte, la ocupa la poética donde analizo algunos de los cuentos y explico cómo construyo el efecto.

En *Veintisiete líneas*¹ el lector encontrará dieciséis cuentos que son el producto de ejercicios realizados en clase, otros fueron trabajos que presenté para certificar algunas asignaturas. Elegí sólo aquellos relatos con elementos en común, como son: el tono y las atmósferas oscuras; todos contenían la angustia en diferentes matices. Sin embargo, al no alcanzar el número de cuartillas que se me pedían tuve que realizar otros cuentos; esta vez los escribí para crear el efecto de forma deliberada, algo que en los primeros cuentos trabajé de forma inconsciente.

Al final los cuentos quedaron de la siguiente manera: “Desde la puerta” y “Nostalgia” (escritos en la clase de Creación Literaria); “¿Qué esperas, Katia?,” (en Enunciación y voces del relato); “El árbol del jorobado,” “Extraños en la casa,” “Atrapado,” “Nocturno,” “La tía Lola,”

¹La metodología de este trabajo se realizó a partir de los textos creativos hechos durante la licenciatura en Creación literaria. Posterior a ello, llevé a cabo una selección de cuentos donde busqué un elemento que diera unidad a mi obra creativa. Una vez encontrado el tema de unidad de los textos procedí a recabar información; en este caso de la angustia. Primero como concepto y luego como tema de creación en el arte. Durante este proceso encontré artículos que hablaban de la angustia desde distintas disciplinas como: la sociología, el arte (pintura, literatura, las artes plásticas, entre otras). Al encontrarme con la filosofía y el psicoanálisis decidí que estas dos corrientes de estudio serían parte de la teoría dentro de mi análisis literario. Al mismo tiempo, me encontraba escribiendo algunos cuentos para completar mi obra. Parte de mi trabajo se llevó a cabo no sólo con aporte de los diversos pensadores y teóricos, ya que dentro de la poética recurrí a algunas experiencias personales que fueron importantes y que influyeron para la creación de algunos de mis cuentos. Cabe mencionar que el trabajo recepcional tuvo varias versiones, ya experimenté con diversas estructuras para exponer mi tema; así como también buscar el tono de narración ideal para exponer mi trabajo.

“La prueba,” “Mi querido Joel” y “En mi cielo” (en los cursos de Cuento I, II, III y IV). Una vez ideado el proyecto escribí, con la intención de tratar de construir el efecto de la angustia, los siguientes cuentos: “Retorno,” “Mitin,” “La mirada de Niebla,” “Ecos,” “Reflejo” y “Veintisiete líneas,” cuento que da título al libro.

La construcción del efecto es particular en cada cuento. Por ejemplo, en el caso de “¿Qué esperas, Katia?” exploré la figura de un narrador espejo para crear angustia en la protagonista, causada por las decisiones que ha tomado en su vida. Otro cuento, “Extraños en la casa,” surge de la lectura del cuento de Julio Cortázar: “Casa tomada,” el objeto de este ejercicio fue dar una explicación fantástica del fenómeno que obligaba cada noche, al protagonista y a su hermana Irene, a cerrar una a una cada puerta de la casa, hasta que se ven obligados a abandonar su hogar. Mi explicación de este hecho singular, se da mediante la desfamiliarización de la imagen de los gatos, convirtiendo esta situación en algo ominoso, y con ello crear angustia en los personajes. En este momento descubrí mi agrado por trabajar con atmósferas oscuras, además comencé a buscar una voz y estilo propio.

En un principio, escribí los cuentos para generar atmósferas de suspenso y miedo, reflejarlas en los personajes y en las situaciones que se daban; pero con el tiempo y con un análisis más a fondo descubrí que lo que construía y, qué además, se encontraba en otros cuentos era la angustia.

Algunos de los cuentos que escribí evocan un recuerdo, sensaciones o miedo. De este último, puedo decir que el temor más grande que he experimentado se debe a aquello que se oculta en la oscuridad. Han pasado los años y aún recuerdo un incidente ocurrido durante mi infancia, cuando experimenté uno de los miedos más comunes que un niño puede tener: el miedo a la oscuridad. De niña, mientras caminaba del brazo de mi abuela, la oscuridad de la noche y una pequeña distracción no me permitieron ver una coladera destapada y caí dentro de ésta. De

repente quedé en una repentina oscuridad, en un lugar estrecho y escuchando solamente el ruido del agua que corría bajo mis pies. El aroma de ese sitio y el dolor de mis piernas lastimadas, no hacía que disminuyera mi temor a lo que se podía ocultar en esa penumbra. A partir de ese miedo escribí “Atrapado.” En este cuento el tiempo se detiene transformando la realidad del personaje. Al crear una atmósfera oscura intenté sensibilizar los sentidos del protagonista, para que el lector perciba en el personaje la angustia de estar atrapado.

Uno de los cuentos que más se me complicó fue “Mitin” convirtiéndose en un reto. La intensidad de la angustia la trabajé desde la percepción y las sensaciones del personaje, al momento de sentirse devorado por la multitud. Sin embargo, al enfocarme sólo en lo que sentía el protagonista noté que descuidaba lo que era clave para la construcción del efecto; la aparente transformación de la muchedumbre en un monstruo que lo consumía. Este cuento fue, sin duda, uno al cual que dediqué más tiempo, no sólo de escritura, también de corrección. Algo similar pasó con “Nocturno,” otro cuento que, al igual que “Mitin,” tuvo varios ajustes con el fin de dar más forma y fuerza al personaje. El final también cambió y, con ello, el cuento mejoró.

Por otra parte, los relatos que escribí al final, fueron textos que trabajé durante mi estancia en el Servicio Social. En esta etapa nació el texto que da título al libro, “Veintisiete líneas.” Este cuento se escribió prácticamente solo, casi de forma natural. La idea surgió cuando al intentar mandar un mensaje de texto noté que era demasiado extenso (27 líneas) y tardaba mucho en enviarse. Esto me llevó a pensar en un cuento, cuyo motivo girara en torno a un mensaje de gran significación para el personaje, y que, por alguna razón no pudiera mandarlo. La idea era buena, no sé si original, pero sentí que la forma en que yo pensaba abordarla, sí lo era. De esta manera, antes de comenzar a escribir el cuento ya tenía pensado el final; sólo era cuestión de construir el personaje, las circunstancias que rodearían el mensaje y la carga emocional que tendría. La construcción de la angustia la trabajé desde el inicio del relato, para llevarla a su punto máximo

durante el clímax. Escribir esta historia, en particular, fue un deleite de principio a fin. Por primera vez no me sentí mal por el desenlace trágico de mi personaje, por el contrario, me sentí satisfecha con la manera en que culminó el relato.

Textos como “Retorno” y “La mirada de Niebla” tienen en común la presencia de un personaje no humano como el componente clave para el desarrollo de la historia. En el primer caso, el protagonista del relato es la mascota quien cuenta su historia donde narra la angustia que surge en él al sentirse desplazado. En el segundo caso, los ojos de Niebla (el perro) funcionan como el elemento siniestro que une el mundo de los vivos y los muertos. En este caso, la angustia de Sofía, la protagonista, se da por la ausencia de la abuela.

La violencia que, desafortunadamente, se ha convertido en algo cotidiano me llevó a escribir “Reflejo;” cuento donde narro la historia de un joven que, después de escapar de un asalto cree estar a salvo en su casa. Pero, conforme avanza la narración, el personaje tiene la sensación de que hay algo extraño en el espacio que habita. El último texto que escribí se titula “Ecos,” retomé la idea de este cuento de la clase de Ensayo Literario, con respecto a las huellas que dejamos en los lugares que hemos habitado; como la marca que dejó un cuadro que colgaba de la pared. La nostalgia que sentimos al dejar un vacío en ese espacio del que éramos parte, provocando en nosotros la angustia de haber pertenecido a algo, y ya no. Sin embargo, por cuestión de espacio tuve que dejar fuera del libro este cuento.

Anteriormente mencioné que este trabajo recepcional se divide en dos partes independientes en cuanto a objetivo, pero que, en conjunto, forman una unidad. Por lo que, en la segunda parte, que corresponde a mi poética, habrá una introducción donde mencionaré la forma en cómo llevaré a cabo el análisis para observar cómo construyo el efecto y las teorías que me servirán de apoyo para hacerlo.

Posteriormente, habrá tres apartados. En el primero de ellos, titulado “La angustia,” observo el concepto desde el psicoanálisis y la filosofía. Cabe mencionar, que mi acercamiento a estas disciplinas es desde una visión literaria, sin embargo, aunque no soy experta en el tema intento recuperar los fundamentos filosóficos esenciales del concepto de la angustia que me permitan comprender de mejor manera este fenómeno dentro de mis cuentos. Las teorías psicoanalíticas que reviso son las siguientes: Sigmund Freud; éstas me permitirán conocer a la angustia en su forma física, así como los mecanismos bajo los cuales funciona. Con Erich Fromm, otro psicoanalista, la abordaremos desde lo social. Por otra parte, Sören Kierkegaard, Martín Heidegger y Jean Paul Sartre, desde la filosofía, nos muestran a la angustia como parte de un proceso interno. La angustia, a veces es la nada, el vacío o la conciencia que deviene de la responsabilidad de sabernos parte de una colectividad. De esta manera, vamos de lo concreto de la angustia con sus síntomas, a su forma abstracta como parte de un proceso del ser.

Cabe mencionar, que la teoría que retomo con mayor frecuencia a lo largo del análisis es la propuesta por Freud; ya que toca el concepto de lo “siniestro,” algo que es recurrente en los cuentos.

En el segundo apartado titulado “El cuento,” exploro el género y su definición a través de algunos teóricos como: Helena Beristáin, Alberto Paredes y Enrique Anderson Imbert. Ahí, miro las coincidencias y los elementos en que difieren. En este mismo capítulo hago mención de mi propuesta literaria con respecto de lo que quiero lograr con mis textos.

En el tercer apartado “Análisis de los cuentos,” me enfoco, en primer lugar, en los momentos cuando aparece el efecto de la angustia y el cómo se presenta. Posteriormente, ubico las herramientas literarias mediante las cuales construyo el efecto como son: las atmósferas, el punto de vista, la descripción, el espacio, por mencionar algunas. Todo esto, apoyándome en las teorías del psicoanálisis y la filosofía para ubicar el tipo de angustia que intenté crear.

La última parte corresponde a las conclusiones.

Este trabajo no fue sencillo, pues ha sido un proceso largo y agotador, tanto que, en algunos momentos, pensé declinar. Sin embargo, considero que vale la pena contar sobre cómo nacieron esos textos que en su momento, y aún ahora, me siguen dando satisfacciones. A continuación dejo en sus manos el producto final de varios años de desvelos, alegrías y, a veces, frustraciones. Le dejo a usted una parte de mí, mis veintisiete líneas.

Veintisiete líneas

M. Adriana Arias G.

El árbol del jorobado

Mientras esperaban la salida del autobús que llevaría sus nietos a Comalcalco, Hernán les contó esta historia.

Hace muchos años en un pueblo ubicado en el Sureste, vivía Celestino con su esposa y su pequeño hijo. Don Celes, como le decían, cada tarde después de vender en la plaza la fruta que cosechaba, iba al bosque a cortar madera para usarla como leña en el fogón de su hogar.

Su esposa no estaba de acuerdo con que Celestino fuese al bosque tan tarde, pues muchas personas decían que, al anochecer, pequeñas siluetas se veían caer de la copa de los árboles. Algunos vecinos comentaban que eran duendes que bajaban a divertirse y hacer travesuras. Decían, también, que todo aquel que hiciera algo que los molestara, sería castigado. Pero Celestino no creía en esos cuentos. A veces, se quedaba hasta muy tarde en el bosque caminando y observando cada árbol hasta encontrar el mejor.

Cuentan que una tarde, mientras Celestino descansaba, bajo la sombra de un almendro, después de haber cortado la leña, escuchó el llanto de un bebé, justo detrás del árbol en que estaba. Se giró y allí encontró a un niño. En cuanto Celestino lo levantó, el pequeño trepó por su brazo y subió hasta su espalda, fundiéndose con él y convirtiéndose en una gran joroba. Celestino en su desesperación golpeaba su espalda con una rama.

Algunos dicen que no fue un niño lo que encontró, sino que era un duende, que molesto porque Celestino había cortado el árbol que era su casa, tomó la forma de un bebé y, luego, de una joroba para castigarlo por haber destrozado su hogar.

Poco después, la mujer tomó a su pequeño hijo y se fue a la ciudad abandonando a Celestino. Ella no soportó el llanto infantil que salía de la espalda de su marido. Celestino ya no

cortó más leña y sólo iba al bosque a sentarse bajo un árbol. Hasta que oscurecía por completo, regresaba a su casa.

Una noche, Celestino no volvió. Por varios días los vecinos lo buscaron sin éxito. Lo único que encontraron fue un almendro cuyo tronco parecía tener la forma de una joroba.

Dicen que si se acerca el oído al almendro se puede escuchar el lamento de un hombre que suplica regresar a su casa.

El sonido que anunciaba la salida del autobús que abordarían sus nietos, interrumpió el relato de Hernán. Los jóvenes corrieron a la salida dejando al hombre solo. Tal como un día su abuela abandonó a Celestino.

Extraños en la casa

Lo observé cuando salió de la cocina con una bandeja en sus manos. Llevaba varios días intentando encontrarme con él, buscándolo; apresuré mis pasos para alcanzarlo, pero en cuanto sintió mi presencia cerró la puerta. Era raro verlo a él o a Irene andar por la casa sin temor. Tenían varios años así, cuidándose y escondiéndose de nosotros.

Quizá, si esa noche no nos hubieran atraído, nada de esto ocurriría. Estábamos en paz y nuestra vida era tranquila, caminando por los techos, o en el patio, husmeando en la basura. Ni a él ni a su hermana les molestaba nuestra presencia. En ocasiones dejaban la puerta abierta, era como una invitación. Así entramos en sus vidas, en esta enorme casa, y ellos se acostumbraron a nosotros.

Andábamos por el comedor, cenábamos junto a ellos. Algunas veces Irene se sentaba en la sala a tejer. Yo envolvía sus piernas con mi cuerpo, su calor y el mío se fundían en uno solo. En la biblioteca, mi compañera dormía sobre el regazo de su hermano, mientras que él revisaba su colección de estampillas que con tanta vehemencia coleccionaba. Cuando estábamos con ellos, procurábamos no hacer ruido para no molestarlos.

Un día todo cambió, ella entró en uno de los cuartos que habíamos adoptado como hogar. Prendió la luz, y por primera vez en sus ojos se reflejó el miedo. Ya no éramos solo dos, en realidad ni yo mismo sabía cuántos habitábamos en ese lugar que ahora nos parecía tan pequeño. Éramos una amalgama respirando con cientos de ojos abriéndose y cerrándose. Con dificultad me moví entre esa masa informe, intenté brincar, pero no pude. En ese momento quise hablar y preguntarle ¿por qué reaccionas así? Pero Irene cerró la puerta. Nosotros podíamos abrirla sin ningún problema, pero su reacción nos aterró. Esa noche, Irene platicó a su hermano lo ocurrido, en su voz se notaba la desesperación; la pobre de Irene terminó llorando.

Dejamos pasar unos días; cuando creímos que las cosas se habían calmado fuimos a buscarlos. Pero, apenas nos acercábamos ellos, nos rechazaban aventando zapatos o cualquier cosa que tuvieran a la mano. El golpe nos alejaba del lugar.

Al poco tiempo, nuestra presencia ya no podía pasar desapercibida, los maullidos inundaban la casa, ya ocupábamos dos cuartos más y parte del pasillo. Sin proponérselo fuimos adueñándonos de su hogar. Vimos cerrar cada una de las puertas de la casa; el sonido de la llave girando en la cerradura se convirtió en algo familiar. Pero esto no fue un obstáculo para nosotros y una a una fueron cayendo las puertas.

Hoy vimos la última de las puertas cerrarse, Irene y su hermano se han ido. Desde la ventana alcanzamos a verlos. Él toma a su hermana por la cintura, tira la llave a la alcantarilla y se alejan. Pero estamos seguros de que un día regresarán.

Atrapado

Se despertó de golpe, agitado y respirando con dificultad. Marcos tuvo una pesadilla, no recordaba qué había soñado exactamente, pero estaba seguro de que no volvería a dormir en lo que restaba de la noche. Se levantó y quedó sentado en la orilla de la cama.

La luz de la luna pasaba por el tragaluz. Esa claridad permanecería con él hasta el amanecer y eso lo tranquilizó. Su temor a la oscuridad surgió de pequeño cuando accidentalmente cayó dentro de un pozo. El tiempo que estuvo dentro le pareció larguísimo y sintió que, algo, o alguien, brotaría de esa oscuridad para llevárselo.

No podía moverse y su cuerpo empezaba a impregnarse del olor a humedad. En la caída había perdido uno de sus zapatos; su pie desnudo tropezaba con la pared fría y lamosa del pozo. El recuerdo de su recámara bañada de luz y las paredes adornadas de cuadros que él mismo pintó, fueron el refugio en esa oscuridad que no le permitía ver ni la mínima parte de su cuerpo. Lo que ocurrió después lo olvidó.

Ahora estaba a salvo, seguro. Sin embargo, aún tenía la sensación de algo recorrer desde su estómago hasta la garganta, y las náuseas provocadas por el vértigo de la caída. Su cuerpo pesado al principio y, luego, ligero. Sin dolor.

Subió los pies de nuevo a la cama y se recostó acurrucándose entre los cobertores. Cerró los ojos. Marcos sintió que el suave colchón poco a poco se endureció. El frío penetró su cuerpo. Su mano, que se había aferrado a una parte del cobertor, se relajó, dejando escapar de entre sus dedos incompletos un poco de tierra, de la que brotaron gusanos que subieron por su brazo, su hombro y el rostro hasta cubrirlo por completo.

Escuchó un ruido. La tapa que hasta entonces había cubierto la entrada del pozo se movió.

Retorno

Entré por la cocina. Me admiraba de que Aurora aún conservara la costumbre de dejar ajustada la puerta. Sentí una ligera alegría al imaginar que me esperaba. Al principio, dudé un poco en pasar. Tenía miedo que ella, o peor aún, que Guillermo me encontrara. Además, me sentía tan débil que cualquier golpe por ligero que fuera me derribaría.

Caminé, lo hice muy despacio para no despertar a nadie. Me detuve. El piso estaba frío y sentí como si mis pies se humedecieran. Vi la estufa con algunas cacerolas. En la oscuridad resaltaban los platos sobre la mesa. Me acerqué. En uno de ellos había algo de pan y queso; me senté y lo comí desesperadamente. Al terminar me dirigí a la sala. Mientras caminaba, me pareció ver algunas cucarachas andar por el suelo.

Cuando vivíamos solos todo estaba limpio. En cambio, ahora, los muebles están llenos de ropa y, en el suelo, hay juguetes tirados. El sillón donde solía sentarme lo mandaron a tapizar. Como si así se borrara todo lo que vivimos.

Aún recuerdo esa noche en que, por primera vez, noté que algo andaba mal. Ella se bañaba, y yo la esperaba como todas las noches en la cama. Al entrar al cuarto se detuvo frente a mí y, sin más, me pidió que me fuera. Así comenzó a sacarme de su vida.

En esa ocasión dormí en la sala, al día siguiente ocurrió lo mismo. Poco a poco dejé de entrar a su cuarto, hasta que un día encontré la puerta con llave. Allí supe que ya no me quería. A pesar de eso, todas las tardes la esperaba parado frente a la ventana. Aurora entraba a la casa y pasaba de largo, ya no había un beso para mí, mucho menos una caricia.

Miré uno de los muros y la foto en que ambos salíamos ya no estaba. Ese lugar lo ocupaba ahora el retrato de su nueva familia. Aurora, los niños y Guillermo, todos parecen tan felices,

pero yo sé que sólo es apariencia. Una vez los vi discutir en la calle, él la tomó del brazo y la jaló con fuerza. Yo no pude hacer nada en esa ocasión.

Hacía tanto tiempo que no vivía aquí que no me parecía la misma casa. Las cortinas estaban agujeradas y las paredes tenían rayones por todos lados. El lugar me resultaba extraño y hasta olía diferente, aunque, tal vez, no era el lugar sino yo, que llevaba casi dos años viviendo en la calle. Al principio me agradó sentirme libre, pero después, el hambre y el frío me hicieron ver que las cosas no iban a ser sencillas.

Lo primero que cambió fue mi cabello, ya no tenía brillo y se veía grueso por la mugre. Además, comencé a bajar de peso, estaba tan delgado que se podían ver mis costillas. Es verdad que nunca faltó quien me regalara un trozo de pan o diera un poco de agua, que yo aceptaba. Pero, en cuanto terminaba de comer, me llegaba un sentimiento de desprecio hacia mí, por la lástima que despertaba en el extraño.

Anduve un rato por la sala. Me senté por unos segundos, cerré los ojos y estuve a punto de quedarme dormido. Me levanté de golpe, pensando en que alguien pudiera bajar y me descubriera. Había pasado días planeando este momento y no estaba dispuesto a que se fuera al diablo por una torpeza.

Me dirigí a las escaleras. Con cada escalón que subía crecía mi rencor hacia ese hombre que ahora dormía en la que alguna vez también fue mi cama. A diferencia del odio que sentía por Guillermo, yo quería a los niños. Aurora los llevaba todas las tardes al parque. Una vez intenté acercarme a ella; quería ver si todavía sentía algo por mí, pero de nuevo me desilusionó, pues en cuanto me vio me exigió que me fuera. Aunque, tal vez, no fue su culpa, sino mía por haberme presentado ante ella con tan mal aspecto.

Llegué hasta la parte de arriba. Tenía el corazón agitado y mi respiración era fuerte. El pasillo me pareció más angosto, allí también había fotos, pero estaban demasiado altas y no

distinguí a las personas, aunque, seguramente, en ellas también aparecía Guillermo. Di un salto, para alcanzar la fotografía, pero sólo logré rozar la orilla del marco. Un poco frustrado continué mi camino. Me detuve a la mitad del corredor. Desde allí podía escuchar los leves ronquidos de Alicia y Beto. Su recámara estaba abierta, me acerqué a ellos y estuve viéndolos durante unos minutos. El pecho de ambos subía y bajaba, Alicia respiraba mucho más rápido que su hermano, pero, de pronto, los dos se sincronizaron y fueron sólo un respirar.

Tuve ganas de darles un beso, pero mi aspecto descuidado y sucio me impidió hacerlo y me alejé. Salí de su cuarto y dirigí mis pasos hacia la recámara de Aurora y Guillermo. La puerta estaba ligeramente abierta. Le di un leve empujón cuidando que no se azotara. Entré y me senté a un lado de la cama. Debía tomarme mi tiempo y repasar lo que haría.

Aurora se movió, me quedé quieto. Vi cómo su mano quedó fuera del cobertor. Me levanté y fui hasta donde ella estaba y percibí una fragancia muy sutil, esa que a veces dejaba en mí cuando me acariciaba. Pasé mi lengua lentamente por su muñeca, no pareció sentirla.

Rodeé la cama y me puse frente a ese hombre que causó la salida de mi hogar. Lo miré y casi de inmediato mis orejas se levantaron, era el momento. Me incliné hacia atrás, me preparé a lanzarme. Guillermo despertó. En su rostro se dibujó el terror. Me aventó el teléfono que estaba sobre el buró, quise esquivarlo pero me golpeó. A pesar del dolor me abalancé sobre él. Yo abrí el hocico tan grande que en cuanto tuve contacto con su piel, mis mandíbulas se cerraron, su sangre escurría por mi boca.

Tenía entre mis dientes a la persona que había causado toda mi desgracia y que me había quitado el amor de Aurora. Sentí otro golpe que me dejó ardiendo la piel. Fue hasta entonces que noté que habían encendido la luz. Levanté la mirada y, de nuevo, me encontré con los ojos de Aurora que me veían con odio. Ya nada me importó, sus gritos lastimaban mis oídos.

Guillermo trataba de voltear mis labios, esperando que lo soltara, pero eso no ocurriría.

Los niños se habían levantado y estaban en la puerta llorando y gritando por su padre. Seguían golpeándome, pero esta vez, ya no sentía dolor. La escuché gritar mi nombre, pero justo en ese momento tuve la sensación de estar cayendo en un sueño profundo. Aurora lloraba. Era por mí. Al menos eso quise creer.

Nocturno

“Era de noche y yo trabajaba en la oficina. Creo que escribía un informe pero algo me pasaba que no podía terminarlo. Sentía mis manos pesadas y me era difícil maniobrar el teclado. Escuché un ruido, levanté la mirada y noté que ya no estaba en el cubículo. Me paré del asiento y caminé. Noté que cargaba en la mano una pistola. Continué hasta llegar a un pasillo largo y angosto, con paredes y pisos de madera”.

“Estaba lloviendo, y las gotas de lluvia se estrellaban en los vidrios. No podía distinguir si era de tarde o estaba a punto de amanecer. Al llegar al final del pasillo me encontré con él, mi jefe, parado frente a mí con una sonrisa burlona. Lo vi acercarse con paso lento”.

“Tenía entre sus manos uno de mis archivos. De repente, se detuvo. Sin más, el muy desgraciado rompió mi trabajo. Me dio tanto coraje, que pude ver cómo las venas de mis manos comenzaban a alterarse. Sin pensarlo levanté el arma a la altura de su cabeza. Él ni siquiera se inmutó y siguió caminando. Cuando estuvo a unos centímetros de mí, le apunté a la frente”.

“Apreté la empuñadura y jalé el gatillo. La bala dejó un pequeño orificio, la piel estaba chamuscada y la sangre corría por su rostro; ese reloj fino que siempre presumía se estrelló contra el piso”.

“Justo cuando le iba a quitar el reloj, comencé a escuchar tu voz y me desperté”.

Elías le contó a Mayra su sueño, mientras sus pequeños lo escuchaban atentos.

— Qué feos sueños tienes. No quiero que los niños te escuchen hablar así.

— Sólo es un sueño. Mira la cara que pones. ¿Qué, sentirías feo si le pasara algo al *güey* del Pedro? ¿A poco te gusta? Si bien que me di cuenta cómo te veía en la fiesta de diciembre.

—Es que no me gusta que...

—Mejor me voy. Ya me echaste a perder la mañana.

A Mayra no le gustaba que su esposo hablara de esas cosas cuando sus hijos estaban presentes, aunque fueran sueños. En otras ocasiones, cuando Elías notaba el gesto inconforme de su mujer por sus relatos, la calmaba diciéndole que sería incapaz de hacer algo así. Ella se tranquilizaba, pues a pesar de todo, él nunca había dañado a alguien.

Desde que lo conoció Elías fue amoroso con ella y al nacer sus hijos, más. Pero Mayra veía algunos detalles en él; como esa actitud sumisa de la que sus compañeros de trabajo se aprovechaban o que se aislara y distrajera con cualquier cosa. Además, su esposo poseía un carácter voluble que, a ella, se le dificultaba manejar.

En el trabajo, Elías se esforzaba. Sin embargo, su jefe siempre encontraba un detalle para hacerlo quedar mal. Él era incapaz de defenderse, ni siquiera de la mirada de desprecio de su jefe y, mucho menos, responder a la burla de sus compañeros; él simplemente callaba y regresaba a casa molesto, buscando cualquier excusa para discutir con Mayra y, así, desahogar su coraje. En esas ocasiones su esposa dormía en el sofá.

Con el transcurrir de los días, Elías cambió, se alteraba con mayor frecuencia. A veces su esposa lo descubría frotándose el rostro con desesperación; sudar sin haber hecho algún esfuerzo o golpearse con los puños en la cabeza. Cuando Mayra intentaba calmarlo, él la rechazaba.

Los sueños de Elías se convirtieron en su refugio, allí podía desquitarse de su jefe, y de aquellos que lo molestaban. Todos los días compraba el periódico poniendo especial interés en los asesinatos. Si encontraba algún crimen ingenioso, que llamara su atención, lo releía hasta memorizarlo y llevarlo a la práctica en sus sueños. Así que una noche, podía dar un balazo a su jefe, apuñalarlo o estrangularlo hasta escuchar cómo se quebraba su tráquea.

Elías desahogaba en sus sueños todas sus frustraciones y el coraje contenido. Una noche él soñó: Desde su cubículo, Elías vio al conserje limpiar los vidrios. Era el quinto piso; abajo estaban reconstruyendo las banquetas. Él se levantó de la silla y fue hasta donde se encontraba el

hombre trabajando. Lo observó detenidamente, el uniforme beige, los tenis gastados y el cabello canoso. Ese empleado tan insignificante siempre lo había ignorado, ni un saludo, ni una mirada. Elías le habló, pero el hombre sólo lo vio de reojo, esa persona lo despreciaba como los demás. Se acercó hasta el vidrio. Tocó el hombro del conserje y, luego, con toda la fuerza posible, lo empujó.

El anciano no gritó. Elías se asomó y observó el cuerpo del hombre tirado sobre la acera, sintió curiosidad de mirarlo de cerca. Bajó las escaleras y fue hasta donde se encontraba el cuerpo inerte, se inclinó y puso su mano sobre el rostro del conserje. La víctima estaba helada, su piel parecía de cartón, y sus uñas habían adquirido un tono morado.

Elías despertó. Durante todo el día tuvo esa sensación de frío en la punta de los dedos. Aunque en sueños, él tocó un cadáver y eso le dejó una extraña satisfacción, y le llevó a preguntarse si, en realidad, así se sentía tocar a un muerto.

Los meses pasaron y a Elías cada vez le costaba mayor trabajo diferenciar la realidad de los sueños. Él cambió, a su esposa y sus hijos les gritaba y llamaba la atención constantemente. A los niños los regañaba por cualquier motivo y, a escondidas de Mayra, los castigaba poniendo en la punta de sus dedos las pinzas para tender; le gustaba ver cómo cambiaba de color la piel hasta volverse casi blanco. Los niños por miedo a su padre no decían nada.

Mayra se dio cuenta de que su esposo ya no era el mismo. En una ocasión, cuando lo encontró hablando solo y le preguntó qué le pasaba, él intentó golpearla. El error de la mujer fue sacarlo de concentración mientras imaginaba cómo sería su próximo sueño. La reacción violenta de su esposo la asustó.

Una noche Elías llegó furioso. El sueño se había hecho realidad, su jefe rompió frente a todos el informe que había hecho, dejándolo como el más estúpido de los empleados. Una y otra vez le dijo lo inútil que era y lo desagradable que le resultaba su presencia. Últimamente, Elías

tenía aspecto descuidado y siempre estaba sudando; incluso había dejado de peinarse. Mientras contaba a su mujer lo ocurrido, pequeñas gotas de saliva brotaban de su boca. Su voz temblaba. Mayra lo observaba en silencio, queriendo abrazarlo, pero no se atrevía a acercarse.

Esa noche Mayra durmió en la sala.

Elías se encerró en su cuarto y apagó la luz. El silencio y la mirada de odio su mujer lo hicieron sentir como un idiota. Al igual que lo hacía su jefe, su esposa también lo despreciaba. Siempre había sido así. Ella con su insistencia en trabajar lo hacía quedar como un hombre incapaz de sostener su hogar. Pensaba en ello y sentía que su estómago se encogía de coraje. En la oscuridad, Elías, desnudó el colchón, pues los cobertores guardaban el perfume de ella. Después de un rato, sus párpados se cerraron. En su frente se dibujaron algunas arrugas, y su rostro lució un gesto macabro en la oscuridad. Soñó.

Mayra se levantó, caminó despacio procurando no hacer ruido. Todo estaba tan calmado, que le pareció escuchar los latidos de su corazón. Abrió la puerta de la recámara, y al entrar vio a Elías recostado y su cuerpo iluminado por la luz que pasaba por la ventana. Ella avanzó hacia la cama y se sentó junto a él. Mayra trataba de reconocer en ese hombre que le parecía tan extraño, al esposo amoroso y atento que alguna vez tuvo.

—Elías, ¿qué te pasó, cuándo cambiaste? Murmuró Mayra, y le dio un beso en los labios.

Él la tomó con suavidad por el cuello. La piel tersa de la mujer contrastaba con las manos rasposas de Elías. De repente, hubo un crujido. Después de un leve quejido, el cuerpo de la mujer se relajó.

Elías se quedó junto al cuerpo tibio de su esposa, esperando despertar.

La tía Lola

El mensaje de texto fue breve, la tía Lola falleció. No hubo más explicación, en realidad no se necesitaba. A sus casi noventa años era lo más natural. La noticia no me provocó tristeza. Físicamente no recordaba a la tía, pero hubo algo que permaneció en mi memoria, su cuerpo blanco retorciéndose en el piso de ese cuarto al que ella, en persona, me prohibió acercarme o pensar siquiera en entrar.

Tenía siete años cuando mi mamá decidió que era hora de conocer a la persona que la había criado. Ella pensó que sería más entretenido si viajábamos en tren. Y tres días después estábamos en el lugar. Lo peor fue cruzar el río parados sobre un cayuco, un movimiento en falso y caeríamos, y ninguno de los dos sabía nadar.

Era de noche cuando llegamos y Lola ya estaba dormida. Fue hasta el día siguiente cuando la conocí. Ella era alta y, comparada con mi madre, muy gorda; sus ojos eran rasgados y de un azul encendido. Su cabeza la cubría una pañoleta. Se acercó a mí y me tomó de la quijada, sentí su mano fría y sudorosa.

— ¿Así que este prietito es tu escuincle?

— Se llama Jaime.

— Ay, chamaca y ¿de quién es?

— ¿Cómo de quién, tía? ...pus del Ramón, que Dios lo tenga en su gloria.

— O el demonio en el infierno...

La tía Lola caminó hacia una mesita donde había un florero de cobre con unos tulipanes rojos; tomó la caja de porcelana que estaba a lado y se fue.

La casa era grande, el techo, de madera y más alto que el de nuestra casa. Había una pequeña sala con muebles de mimbre; todas las ventanas estaban cubiertas por una malla que

evitaba el paso de los mosquitos. Pocas veces entré a la cocina, Chona, la sirvienta, se enojaba y de inmediato me sacaba; allí no tenían estufa, sino fogón; en la pared colgaban algunas cacerolas ahumadas, el piso era de tierra. En el patio había una mecedora donde la tía se refrescaba.

La primera noche dormí con mi madre, pero al día siguiente, la tía me asignó un cuarto para mí solo; algunas veces pasé tardes enteras sin salir de él. Recuerdo que llevaba un carrito de madera con el que jugaba rodándolo por la pared. En el tiempo que estuvimos allí, Lola recibió a muchas personas. Ella tenía un cuarto especial, al que sólo podían pasar mi madre, Chona y las visitas. Yo fui advertido de no acercarme a ese sitio. Por lo que pude escuchar la tía poseía el don de la clarividencia, leía las cartas.

Una día cayó una fuerte lluvia, el calor del lugar no disminuyó, por el contrario. Desde la ventana de mi cuarto veía un vapor espeso salir de la tierra. El aroma a tierra mojada no era el mismo que en la ciudad, allí se respiraba la nostalgia. Se hicieron varios charcos, y de ellos, brotaron lo que en un principio pensé eran piedras de un color entre verde y café que parecían moverse.

Cuando la lluvia terminó mi madre salió con Lola. La tía traía una canasta colgada del brazo. Ambas platicaban, se detuvieron y señalaron a las piedras, después de un rato de inspeccionar se dirigieron a la roca más grande. Mi mamá la tomó entre sus manos hizo un movimiento como si la estuviera pesando. Fue entonces cuando vi colgar unas patas largas y flacas. Era un enorme sapo. Lo metieron en la cesta, regresaron a la casa y se encerraron por largo tiempo en el cuarto prohibido.

Al día siguiente, mi madre salió muy temprano y tuve que desayunar solo con la tía. Quería preguntarle por mi mamá, pero no me atrevía. Lola rompió el silencio para decirme que por la tarde no saliera de mi cuarto; Chona me llevaría la cena.

La idea de estar encerrado no me pareció mal, además quería aprovechar el tiempo probando mi resistencia. Había guardado en un frasco algunas hormigas rojas que encontré en el patio. Saqué una del envase y la dejé caminar sobre mi brazo. De repente, se detuvo y clavó una de sus pinzas en mi piel. Al principio fue como un piquete de aguja, pero luego, hubo una sensación caliente que se transformó en dolor. Para entonces, la hormiga estaba totalmente vertical; no soporté más y la aventé. Mi piel se puso roja. Y se inflamó.

Más tarde, escuché que arrastraban las sillas del comedor y personas que parecían caminar de mi puerta hasta el final del pasillo. Desde nuestra llegada, a excepción de los días en que había visita, la casa siempre había permanecido en silencio, con sólo un breve murmullo de las mujeres platicando.

Mi madre y yo éramos muy unidos. Pero en la casa de la tía cambió. Todos los días salía muy temprano, a cumplir con los “los encarguitos,” que Lola le pedía. Ya ni siquiera me hablaba cuando estábamos solos. Llegué a sentir miedo de ella cuando empezó a vestirse como mi tía. Y a hablar como ella. Hasta los ojos que a mi padre tanto le gustaban comenzaban a parecerse a los de Lola: rasgados. Ya no era la misma.

Por eso al abrir la puerta y asomarme ligeramente no se me hizo raro ver a mi mamá con Lola. Ambas vestidas de negro, entraron al cuarto prohibido. Lo que sí me extrañó fue que, al salir, mamá llevara cargando unas sábanas blancas y la ropa de la tía.

Cerré mi puerta antes de que pasara por mi habitación. Un rato después, de nuevo, todo fue silencio. Decidí salir. Caminé hasta el cuarto donde estaba mi tía. Me detuve frente a la puerta de madera negra que parecía haber sido quemada. Me asomé por una rendija.

Adentro había muchas velas prendidas. Vi a mi tía sentada sobre un pequeño banco, cubierta con una sábana. Junto a ella estaba una canasta. La destapó y sacó un sapo, supongo que era el que recogió con mi mamá la tarde en que llovió. Lo puso sobre sus piernas y pude ver

cómo cosía los ojos del animal, que sólo pataleaba y, después de un rato, quedó quieto. Lola abrió la boca del anfibio y metió algo dentro. También la cosió.

De una cajita de madera sacó un puro. Lo encendió y sopló el humo en dirección a los ojos del sapo. Dijo unas palabras y después lo metió en un pequeño costal rojo.

Continuó hablando y fumando el puro hasta terminarlo. De repente, se quitó la pañoleta. Su cabeza carecía de cabello y tenía una cicatriz que le atravesaba todo el cráneo. Sus ojos parecían deformes y pequeños. Se levantó y dejó caer la sábana. Vi su cuerpo gordo completamente desnudo. Conforme decía lo que después supe era la “oración del puro”, la tía se contorsionaba. Entonces, se tiró al piso, su voz cambió. Era mucho más grave. Lola se tocaba el cuerpo como acariciándose. Abría las piernas parecía como si alguien la poseyera. Para ese momento, ella hablaba en una lengua que yo jamás había escuchado. Sólo de recordarlo me da escalofríos.

De repente, se detuvo. Ya no se movía. Yo deseaba irme a mi cuarto, pero la curiosidad de saber qué haría después me obligó a quedarme. Ella se levantó. Caminó hacia donde estaban las velas, sacó algo de su boca y lo quemó. Echó las cenizas dentro de una botella de tequila, que tapó. La puso junto al sapo.

Fue al rincón y de un mueble sacó un vestido igual al que traía anteriormente y se vistió. Al final, se puso la pañoleta. Agarró la botella y el costal. Me dirigí a mi recámara con el corazón agitado; sudaba helado y, al mismo tiempo, sentía un frío que me recorría el cuerpo y me hacía temblar. A los pocos segundos, escuché sus pasos lentos por el corredor. Se detuvo frente a mi puerta por unos instantes y, luego, continuó.

No dormí en toda la noche, quería irme de ese lugar. A la mañana siguiente, en cuanto escuché que mi madre salió de su cuarto me levanté y permanecí asomado a mi ventana esperando verla.

Poco después, atravesó el patio cargando el costal rojo con el sapo y la botella.

Después de eso, mi madre decidió que yo debía irme. Solo. Me llevó a la estación del tren y me mandó a casa de mi abuela.

En el tren tuve de compañero a un señor que, al verme sin compañía, me hizo la plática. Me preguntó de dónde venía. Le dije que regresaba de visitar a la tía de mi madre. En cuanto el hombre escuchó que se trataba de Lola se persignó. Sin ninguna delicadeza me dijo: “Criatura, Dios te protegió, qué bueno que te vas. La Lola es la esposa del meritito demonio”.

Años después, al leer el mensaje de mi madre, pienso en lo que ese hombre me dijo y lo que ocurrió esa tarde en el cuarto. El ruido del timbre me sacó de mis pensamientos. Atendí y cerré la puerta. Al regresar, sobre la mesa, había un puro encendido.

¿Qué esperas, Katia?

No sabes por qué no te decides y de una buena vez te vas. Hace más de medio año Pedro te hizo una promesa, te dijo que todo iba a cambiar, que dejaría a Mónica para estar siempre contigo. Y no fue cierto.

Y a pesar de todo, cada noche lo recibes con tu cara de ilusa y los brazos abiertos, sigues imaginando el día en que llegue a casa agotado por una larga jornada de trabajo y diga ese “por fin dejé a Mónica”. Pero sólo lo has vivido en tus sueños.

Por eso te arreglas tanto, quieres estar bonita para él, hasta toleras que llegue borracho, que invite a sus amigos. Ellos saben que eres la otra. Has notado sus miradas pervertidas, y alguna vez los escuchaste comentar que en cuanto Pedro se canse de ti, debe avisarles. Él movió la cabeza, pero no te defendió.

Alguna vez te pegó y lo perdonaste porque no te dolió mucho. Al día siguiente te llamó disculpándose, te prometió jamás volver a hacerlo y lo cumplió. En la intimidad, Pedro siempre encuentra algún pretexto para compararte con ella, no te atreves a llamarla “la otra,” porque ese lugar es tuyo, ella es la “señora,” y tú ¿tú qué eres para él?, la tonta que un día encontró llorando en la banca de un parque por el abandono de su prometido; la que ya no pudo rehacer su vida y tuvo que conformarse con esta media vida.

Hoy, de nuevo, te dejó plantada. Sólo te queda imaginar tu regreso a casa, decepcionada y estúpidamente triste. Tal vez te sentarás en el viejo sillón y, a solas, llorarás. Sonará tu celular y será Pedro. Te dará una, dos, tres excusas por haberte dejado así. Y tú otra vez lo perdonarás. Irá a tu casa con un ramo de flores o chocolates para asegurar el perdón.

No sabes por qué nunca le dijiste que no te gustan las flores, que odias el chocolate, que te molesta su perfume de maderas, que no toleras que mastique la comida como una vaca. No

entiendes por qué no dejaste de fingir tú también. De lo que sí estás segura es que, si lo soportas, es para no sentirte sola; por eso, sigues con él. Desde que te levantas enciendes la tele. Quieres ruido para no escuchar esas voces que te dicen “¿Qué esperas, Katia? ¿Por qué no lo haces? Sabes bien que ni él ni nadie estarán contigo. Tu padre también se fue en cuanto supo que tu mamá estaba embarazada”.

Lloras... Nadie te dice que no lo hagas. Hay tanto ruido. Estás sola. Las voces en tu cabeza se han ido. Percibes una corriente de aire, te gusta sentir que tu cabello se agita. Lo miras salir del túnel, pasas la línea amarilla. Sueltas tu celular. Cierras los ojos y dejas caer tu cuerpo hacia adelante.

La prueba

Quería acostarme temprano. Al día siguiente, tendría examen y debía llegar con la mente despejada. Pero estaba confiada en que lo aprobaría y no dudé en encender la computadora y ponerme a chatear con el único amigo que tenía. Noté lo tarde que era cuando me despedí de él. Me quedé dormida casi de inmediato.

Desperté cuando el reloj marcaba las 7:20. Me levanté, me vestí tan rápido como pude y me fui a la escuela. La verdad no vivía lejos, pero no me gustaba llegar tarde, si algo me molestaba era la gente impuntual. A pesar de ir con el tiempo limitado fui la primera en llegar al salón.

Poco después, aparecieron mis compañeros. Ellos pasaban junto a mí, pero nadie me hablaba. Los que me dirigían la mirada no podían ocultar el odio que me tenían. La profesora entró justo cuando iba a sacar mi cuaderno. Con un gesto, que parecía dirigido a mí, nos indicó que guardáramos las cosas. Sobre la mesa sólo quedó un lápiz y mi vieja goma carcomida. Ella repartió las hojas.

A los pocos minutos, Blanca, así se llamaba, recorría cada uno de los lugares. Se detenía unos segundos para observar lo que hacíamos y, luego, avanzaba con el siguiente. Cuando llegó conmigo ella no sólo me miró, también puso su mano sobre mi hombro. Al momento del contacto, tuve la sensación de tener un bloque de hielo sobre mí, que no sabía si me congelaba o quemaba. Ella se inclinó como revisando mi examen. Murmuró algo que no pude entender. El cabello le cubría el rostro y no pude deducir nada en él.

Me quedé pensando unos minutos, tal vez mi respuesta estaba mal y trató de decírmelo. Así que leí de nuevo la pregunta que estaba contestando cuando ella llegó: “Cuál era el castigo que recibían las mujeres acusadas de brujería.” ¿Era la muerte? o ¿la tortura? De las otras respuestas no tenía duda de que fueran correctas. Miré hacia donde ella estaba, me pareció que al

caminar Blanca no tocaba el piso. El desvelo me jugaba bromas. A pesar de ello, volví a concentrarme en las preguntas que me faltaban por contestar. Terminé. Revisé el examen para asegurarme de haber contestado todo.

Miré el reloj que colgaba de la pared. Sólo hasta entonces me di cuenta de que el tiempo había pasado muy lento. El segundero iba muy despacio, haciendo una pausa con cada paso que daba.

Lo observé hasta que el ruido de un lápiz estrellándose en el suelo me sacó del letargo. Entonces, los vi. Los compañeros que minutos antes me vieron con desprecio, ahora no eran más que minúsculos seres angustiados. Algunos ocultaban entre sus manos sus rostros ruborizados, sudorosos; con miradas que iban y venían por toda la hoja. Mientras que otros, amenazaban con incendiar su examen por la fricción de la goma con el papel. Casi podía imaginar el sonido de sus corazones y escuchar sus respiraciones agitadas.

Otros se rascaban la cabeza con desesperación, como queriendo sacar a fuerza las respuestas. Sonreí discretamente. Me gustaba verlos así, asustados. Eso se merecían por odiarme sin razón. Lo que pasó con Sara no fue mi culpa. Yo creía que a ella le gustaba Blanca; por los cumplidos y las cosas que le daba. Además, ella era una presumida, los profesores se llevaban bien con ella, tenía muchos amigos; hasta su cabello castaño y rizado era hermoso. En cambio, el mío cuelga por mis hombros como gruesos cordones que me hacen parecer un cuadro mal pintado. En Sara todo era perfecto. Aún recuerdo ese día en que salió corriendo y llorando del salón como tonta, porque alguien pintó en las paredes que ella estaba enamorada de la profesora. Blanca lo vio. Todos dejaron de hablarme. Como si yo le hubiera pasado la cuerda con la que se ahorcó. Hipócritas. Ellos también lo decían.

La voz de la profesora sonó fuerte rompiendo el silencio y mis recuerdos. “Tienen cinco minutos.” Sentí una mirada, busqué hasta que mis ojos se detuvieron en Blanca. La observé y me

pareció que estaba un poco más delgada, la piel de sus manos era casi transparente y hasta un poco amarilla. Di una ojeada rápida al examen y me extrañó notar que me faltaba responder un inciso.

La pregunta me pedía que escribiera un número... Sonó la chicharra, la clase había terminado. Entre mis compañeros asustados y mis recuerdos el tiempo pasó tan rápido que ni siquiera lo noté. Me desesperé y fue entonces cuando vi el pizarrón. Sin pensarlo copié la fecha. Ya todos habían guardado sus cosas y dejaban sobre el escritorio sus pruebas. Cuando salió del aula el último chico, me levanté del asiento y me dirigí hacia la profesora.

— Dime, ¿qué te pareció el examen?

Su voz fuerte y grave resonó en el salón.

— Fácil.

— Eres tan sincera y honesta que hasta parece sencillo mi trabajo.

Yo sonreí, era la primera vez que reconocía mi esfuerzo.

— Y ¿cuándo te quieres ir?

No entendí y ella lo notó porque enseguida dijo:

— El último inciso te pide una fecha, ¿no lo leíste?

No recordaba nada que tuviera que ver con una fecha. Comencé a revisar las preguntas, pero conforme leía cada una de ellas, tuve la sensación de un intenso calor que parecía quemar mi rostro. Reconocí mi letra, pero el examen no. No eran las mismas preguntas. Quise hablar, pero mi mandíbula estaba tan rígida que no podía abrir la boca.

La profesora me quitó el examen y comenzó a leer en voz alta. Me sentía en un juzgado; pronto confirmé mis sospechas con cada respuesta me estaba condenando.

“¿Has robado a tus padres?” Sí. “¿Eres culpable del suicidio de Sara?” Sí, inventé todo; “¿Mereces ser castigada?” Sí.

Blanca se levantó del asiento. Sus ojos negros y profundos empequeñecieron hasta desaparecer; su nariz y labios se disolvieron, quedando su rostro vacío. Movi6 ligeramente la cabeza y su cabello oscuro se apart6, dejando a la vista un par de hombros esquel6ticos.

Camin6 hacia donde yo estaba. Cuando estuvo frente a mí, extendió su brazo. En cuanto me tom6, miré cómo se incrustaron en mí sus dedos flacos y filosos. Una debilidad me invadi6, pequeñas manchas aparecieron en mis brazos. Envejecí al momento. Pude ver mis huesos a través de mi piel que a cada segundo se hací3a más flácida, delgada y transparente.

Fui tan ligera que el viento me arranc6 de las manos de Blanca. Fui polvo esparcido en el aire.

Mitin

Me reflejé en la ventanilla del auto. Ya no era joven, las arrugas y las canas habían aparecido; y había ganado peso. Antes me veía jorobado por lo flaco que estaba. De ese chamaquillo nada quedó. Hacía años que había abandonado el pueblo. Recuerdo que mi padre era campesino, pero no ganaba mucho y, a veces, la sequía echaba a perder la cosecha. Lo poco que quedaba no era suficiente para solventar las deudas. Tenía diez años cuando quedé huérfano y sin hermano. A ellos los mataron por quitarles unos cuantos pesos que habían ganado por vender un costal de frijol. Mi madre...ella sólo se dejó morir. Me quedé solo muy niño y el hambre es canija, así que fui al pueblo a trabajar; al principio me conformaba con un plato de comida, pero después lo hice por ahorrar un poco. Cuando junté lo suficiente seguí el camino de terracería y busqué la carretera. Unos fulanos me llevaron a la capital.

Después de mucho tiempo, había regresado en otras condiciones. El Alcalde y su esposa me habían invitado a cenar y a pasar la noche en su casa. Yo acepté porque cerraría mi campaña en la plaza del pueblo y mi traslado sería más cómodo. Me preguntaron si vendría mi mujer. Les dije que no estaba bien de salud, que llegaría después, sólo para acompañarme al evento. Pero la verdad es que a ella no le gustan estos lugares y no quiso pasar la noche aquí.

Llegamos. Nada había cambiado, polvo en todas partes. La luz de los faroles, triste, como todos aquí. Aunque era de noche, el calor no cesaba. Las personas estaban afuera tomando el poco fresco nocturno. Desde la calle, se veían las casas iluminadas por focos que apenas dejaban ver un reflejo amarillento que brotaba por las ventanas. De la cantina salían música, risas y uno que otro insulto.

En casa del alcalde, la cena pasó rápido. Ya en mi cuarto, me recosté y estuve imaginando lo qué ocurriría el día siguiente. Me vi en el templete y, desde allí, reencontrarme con esa tierra

que acabó con mi familia. Este pueblo no dejaba ir a nadie, pero yo volví para que supiera que conmigo no pudo.

Dormí pocas horas, aún así, me desperté antes que los demás. Me bañé con agua fría y me vestí con una guayabera blanca y un pantalón negro. Después de desayunar me reuní con mi equipo y recibí las últimas instrucciones. Nos dirigimos a pie hasta la plaza.

Hacía tanto que no caminaba por esas calles. El tianguis era un mosaico multicolor lleno de aromas a hierbas y a frutas frescas. Pasamos por la iglesia, los cantos religiosos dieron a nuestro recorrido un aire más solemne; en mí, eran como un bálsamo purificante.

Escuché las porras, las cornetas y la música, cuadas antes llegar la plaza. Uno de los guardaespaldas se adelantó y avisó de mi llegada. Entramos al lugar por uno de los costados. Justo atrás de la iglesia, me esperaba mi esposa. En cuanto supo que nos acercábamos bajó de la camioneta y se reunió conmigo. Al llegar, un grupo de policías ya habían improvisado un camino. Entre palmadas y gritos nos dirigimos al templete.

Los primeros en subir fueron el Alcalde, su señora y algunos invitados especiales. Después de ellos seguimos mi mujer y yo. Mi esposa traía un vestido bordado a mano blanco, un sombrero del mismo color y lentes oscuros que sólo dejaban ver una forzada sonrisa en su rostro. La tomé de la mano y ambos saludamos a las personas. En la explanada había más gente de la que esperábamos, era difícil imaginar cómo habíamos atravesado el lugar.

El alcalde me dio la bienvenida, habló de mi trayectoria política y de mis logros cuando fui diputado. Contó sobre mi familia, sobre mi origen humilde y sobre mi regreso al pueblo como el hijo pródigo. Eso desató la euforia de todos.

Después de una gran ovación comencé mi discurso. Hablé de los programas que implementaría para el desarrollo social. Les dije del próspero futuro económico que esperaba al pueblo si yo ganaba las elecciones. Una parvada de zanates apareció. Las aves dieron vueltas a

nuestro alrededor, su graznido lastimó mis oídos. Nunca me gustaron esos pájaros. Tuve una sensación rara de incomodidad y desconfianza.

Tras de mí habían cerca de treinta personas y, al frente, no sé cuántas más. Todo estaba repleto; hombres y mujeres con niños sobre sus hombros gritaban, echaban porras: banderas ondeando con mi nombre, las gorras con la imagen de mi partido completaban el cuadro. Mientras daba mi discurso, tuve el impulso de recordarles que yo era de allí; todos en la plaza aplaudieron y gritaron. Alguien brincó en el templete y las maderas rechinaron. De nuevo las aves graznaron, esta vez tan fuerte que me obligaron a callar unos segundos.

Noté que la copa de uno de los árboles había sido devorada, tal vez, por cientos de zanates. En los techos de las casas, en el quiosco, en el Palacio Municipal y también dentro del campanario de la iglesia había aves. Las plumas negras de los zanates brillaban más con el sol. Sus enormes y filosos picos abiertos me atemorizaron. Sus ojos amarillos me miraban con atención.

Yo hablaba casi mecánicamente, ya no hacía contacto visual con las personas. En ese momento, trataba de hacer una ruta mental que me sacara de allí. Busqué alguna salida de la explanada. No había ninguna visible. Otro graznido. Sentí miedo y quise correr.

Terminé mi intervención. Las piernas me temblaban, pero me tranquilicé en cuanto bajé del templete. Los pájaros habían desaparecido y recobré la confianza. Estaba seguro que ganaría la gubernatura, ya no habría rivales para mí. Me encontraba listo para enfrentar mi nueva vida.

Iba rumbo a la camioneta, cuando uno de los asistentes me habló. Caminé hacia él; vino conmigo un elemento de mi seguridad.

Reconocí a Camila y a su papá casi de inmediato. Ella estaba de buen ver, me pidió que nos tomáramos una foto. Lo hicimos. Otra persona me pidió lo mismo, me jaló hacia ella y yo la abracé. Caminé un poco más y un hombre me tomó de las manos. Me detuve un momento y

cruce unas palabras con él. Otros me dieron cartas con sus peticiones. El escolta las guardaba, al mismo tiempo en que me abría paso entre las personas. La temperatura comenzó a subir; esos cuerpos frescos me querían con ellos y yo me dejaba tocar para refrescarme, aunque fuera sólo un poco.

Mi seguridad movió una de las vallas para que pudiera acercarme a los asistentes. Conforme avanzábamos eran más las cámaras que me tomaban y más los regalos y peticiones. Me paré de puntillas y noté que nos habíamos desviado un poco de la camioneta y de la calle donde quedaba la iglesia. El calor iba en aumento. Así que apresuré lo poco que pude el paso.

No me di cuenta de en qué momento dejé de percibir el aroma a perfume y la frescura de los cuerpos limpios del principio. De pronto, el olor fue diferente; era como si estuvieran a mi lado mi padre y mi hermano oliendo siempre a sol, a sucio, a pobreza. Seguí caminando. Las mujeres me pasaban a sus niños despeinados; yo les tocaba su rostro mugriento y pegajoso por el sudor. Al besar a los niños me esforzaba por ocultar mi desagrado por el contacto.

Vi a don Casimiro abrirse paso a codazos para llegar hasta donde me encontraba. El escolta estaba rojo y sudaba. Apenas vio al anciano acercarse aparentando una actitud agresiva, se puso frente a mí; yo le hice una señal para que no intentara detenerlo. Casimiro me dio un abrazo, percibí un aroma a humedad. Él gritó al tiempo que levantaba mi mano con dificultad.

Mientras seguía adelante, sentí el cuero cabelludo hervir. El sudor había llegado al estómago. Mi camisa estaba pegada a la piel. El pantalón se adhirió a las piernas. Intenté decir unas palabras, pero no pude; jalaba aire por la boca, tenía sed. Desabroché el botón del cuello de mi camisa. Me tranquilicé cuando noté que la muchedumbre me llevaba hacia la camioneta, que alcancé a divisar por unos instantes. De repente, nos detuvimos. Busqué a mi escolta pero ya no estaba. En ese momento caminaba solo entre la gente. El sol estaba justo sobre nosotros.

Busqué la manera de salir de esa multitud, pero lo único que encontré fue mi rostro por todos lados, en carteles, camisas y en una enorme manta que colgaba del Palacio de Gobierno. No me reconocí. En esas imágenes estaba tan alegre, confiado y fresco; en cambio, ahora la piel me ardía; me convertía en uno de ellos.

Me gritaban. Yo quería decirles que yo no era ese al que tanto llamaban.

De pronto, uno, dos, tres pares de brazos me oprimieron el pecho. Bocas que dejaban al descubierto una cavidad oscura de la que salía un vapor caliente. Giré. Fosas nasales que se expandían y contraían, tratando de jalar aire desesperadamente. Cabezas gigantes. Miles de ojos que parecían querer salir de sus cuencas. Pronto sólo vi bultos vestidos con telas viejas y deslavadas que se frotaban sobre mi cuerpo y me lastimaban.

De poco valieron mis esfuerzos; de repente, me encontré moviéndome a su ritmo. Les pertenecía.

Mis piernas se doblaron, ya no tenía fuerza para escapar del monstruo. Levanté la mirada al cielo: poco a poco, el sol se fue consumiendo hasta ser sólo un pequeño círculo que se perdió en el infinito.

La mirada de Niebla

Nuestro regreso del panteón fue en silencio. Ya habían pasado cinco años desde el fallecimiento de Candelaria, mi abuela, y todavía no lo superábamos. Después de que mis padres nos abandonaron mi Cande se convirtió en nuestro mayor apoyo. Ella era curandera y tenía su puesto en el mercado de Sonora.

Las cortinas rojas oscurecían el pequeño local; las velas que apenas iluminaban y las imágenes de la Santa Muerte le daban un aire lúgubre al lugar. A veces lograba inventar algún pretexto para no acompañarla

Pero estando allí, me concentraba en el olor a copal que mi abuela utilizaba y que siempre tenía impregnado en su ropa. En algunas ocasiones tuve ganas de abrazar a Cande y, así, olvidarme un poco donde estaba. Pero ella no era muy cariñosa con nosotros y ese impulso desaparecía. Algo que no pude explicarme fue mi extraña fascinación por verla leer las cartas, preparar los amuletos, hacer limpias o una que otra brujería

A pesar de todo, mi abuela era buena. Sólo que su trabajo no era común y sus clientes tampoco; pues acudían a ella para que dañara o hiciera cosas malas a otras personas. Escucharla decir lo que era capaz de hacer o provocar me daba miedo. Esa era una de las razones por las que no me gustaba lo que hacía. Cuando los primeros achaques de la vejez aparecieron y dejó de ir al mercado me sentí aliviada por no tener que acompañarla al negocio. Pero, al mismo tiempo, sabía que se estaba acercando su final.

Un día Cande ya no despertó. El doctor del dispensario nos dijo que había fallecido de un infarto.

Mi abuela tenía como mascota a un perro viejo que parecía su sombra y la acompañaba a todas partes. Incluso, lo llevaba al local y, en ocasiones, lo utilizaba para hacer algunos trabajos.

A veces creo que ella lo quería más a él que a nosotros. Aquella noche que Cande murió, el animal estuvo llorando y aullando por horas; tal vez, presentía lo que iba a pasar a la mujer que lo cuidó y alimentó por años.

Por eso, cuando la sepultamos no nos extrañó que Niebla se quedara sentado junto a la tumba de mi abuela. Al día siguiente, llevamos flores a Cande y él todavía seguía allí. Echado, tan viejo como siempre, con su cara cubierta por un pelaje grisáceo por el tiempo y la mugre. No me imaginaba cuántos años podría tener. Estaba tan anciano que el pobre ya no podía envejecer más.

Últimamente, Niebla ha comenzado a seguirme como lo hacía con mi abuela. Acerca su cuerpo a mis piernas dejándome una sensación de escalofrío. No me gusta sentirme vigilada. Porque eso hace él, me vigila, me acosa.

Ayer soñé con Cande. Ella limpiaba unos frijoles mientras tarareaba la melodía que mi mamá les cantaba a mis hermanos de pequeños. Yo estaba frente a la estufa calentando unas tortillas.

— Sofía, hija abre la puerta para que pase el perro. Hace tanto que no lo veo que ya lo extraño.

— No exagere, si siempre está con usted.

Me dirigí a la puerta y abrí. Él entró corriendo y fue hasta donde estaba Cande. Ella dejó sobre la mesa el puñito de frijoles que tenía en su mano para cargarlo.

— ¿Verdad que tiene unos ojos muy bonitos?

— Pero qué pueden tener de bonito, abuelita. Además, con tanto pelo jamás se los he visto.

—Ay, hija, si los ojos de nosotros son tan misteriosos y guardan tantos secretos, cuánto más los de un animal. Ellos ven y presienten cosas que nosotros no podemos. Ven, acércate para que los veas.

Mi abuela tenía la cabeza inclinada, pero aún así pude distinguir una sonrisa en su rostro. Volvió a hablarme, pero no entendí qué dijo. Me acerqué y me hincué; casi de inmediato, percibí el aroma a copal que tanto me gustaba y me recargué en ella. Mi abuela detuvo su canto para pedirme que mirara a los ojos del perro.

Con mucho cuidado hice a un lado el pelaje que cubría los ojos de Niebla. Entonces, me encontré con una espesa capa de lagaña que los tapaba por completo.

— Ellos pueden ver a los muertos.

Fue lo último que dijo la abuela.

Cuando desperté comencé a llorar. No sabía si mis lágrimas eran de alegría por haber visto a Cande o por la impresión de los ojos.

Han pasado varios meses. A nadie platiqué mi sueño, lo guardé sólo para mí. En la casa de nuevo se respira el aroma a copal. Mis hermanos salieron a pedir calaverita. Yo preferí quedarme a preparar todo para la ofrenda; haremos tamales y atole para velar. Este año pesa más la ausencia de mi abuela, quizá porque mis hermanos van creciendo y necesitan una figura materna que los guíe y yo no puedo serlo.

La casa se ve triste, ya no se escucha la radio y siempre estoy sola. El perro está enfermo y, a pesar de todo, el pobre continúa siguiéndome; si estoy en la cocina allá va, si salgo al patio también me acompaña. Me he acostumbrado a verlo junto a mí. Ya no me molesta su presencia. Creo que he aprendido a quererlo.

Ya es tarde.

Mis hermanos llegaron. Ambos saben lo que tienen que hacer y lo hacen en silencio. Terminamos de poner la ofrenda. Nadie lo dice, pero estamos seguros de que esta noche llegará la abuela.

Después de cenar, ellos se fueron a dormir. Yo me quedé a esperar a las almas, como Cande lo hacía. Sólo una lámpara y velas encendidas me acompañan en mi rezo. Miró mi reloj, son las tres de la mañana.

He pasado y repasado mi rosario de madera. Escucho el murmullo de mi voz. De alguna parte entra una corriente helada que se cuele por debajo de mi vestido y me recorre. Las rodillas me duelen y aprieto las perlas como si con ello se aliviara la molestia. El frío hace temblar mi mandíbula. Terminó mis oraciones.

Voy hasta el altar y apago una a una las velas. Estoy a punto de hacer lo mismo con la lámpara cuando escucho un ruido. Miro al rincón donde está el perro. Lo veo levantarse. De nuevo tomo asiento y dejo sobre la mesa el rosario; sus ojos brillan y siento miedo. Hace tanto que no se levanta así, tan rápido. Él comienza a caminar. De repente, corre hacia donde estoy.

Cuando está frente a mí, lo levanto y queda parado en dos patas. Lo apoyo sobre mis piernas y lo acaricio. Recuerdo mi sueño. Siento el impulso por ver de cerca esos ojos que hace unos instantes brillaban. Alzo su pelaje y me encuentro con ellos. Son tan negros que la luz de la lámpara, que se refleja en ellos, parece una estrella brillando en la noche.

Los observo por unos minutos, en ese momento sólo su respiración se escucha. De nuevo, recuerdo lo que mi abuela me dijo: “Ellos pueden ver y sentir cosas que nosotros no podemos.” Sé que es sólo un sueño, pero tengo curiosidad. Así que con mucho cuidado retiro las lagañas de sus ojos y las pongo sobre los míos.

Mi corazón late fuertemente. Parece como si las cosas se estuvieran cubriendo por una neblina. El frío se hace más intenso.

Miro al perro que ha regresado a su lugar. Está como lo había visto en los últimos meses, echado y enfermo. Sus ojos se ocultan nuevamente bajo el pelo que cubre su rostro. No es el mismo de hace un instante. De repente, siento que mis ojos se sumen, las lagañas me pesan. Parpadeo para aclarar mi vista, y quitarme esa sensación. Pero no mejoro, al contrario, ya no distingo nada, ni los muebles ni la ofrenda. Ando a tientas. Me cuesta mover incluso dar un solo paso me fatiga.

El silencio se interrumpe por una serie de murmullos que, poco a poco, se hacen más fuertes. Mi visión se aclara un poco. Alcanzo a ver una fila enorme de personas que pasan junto a mí. Todos llevan una vela encendida en la mano. No está Niebla.

Me noto extraña y mi cuerpo no responde, un cansancio muy grande me invade; me siento en el suelo. Es tanto el agotamiento que no puedo levantar mi cabeza. Mi cabello cubre mi rostro y sólo veo pies descalzos pasar a mí alrededor. De repente, lo percibo; es ese aroma que tanto me gusta, el copal.

“Qué bueno que me esperaste.” Se inclina y me abraza Me alegra saber que me quiere y que no me ha olvidado. Quiero moverme pero el frío y lo pesado de mi cuerpo no me dejan hacerlo. “Ya has sufrido mucho, pero no te preocupes, ya estoy aquí”. Con mucho trabajo levanto la cabeza, y la veo. Su rostro, su diente de oro. Es Cande. Trae sus collares y el vestido blanco con el que la sepultamos.

Las personas siguen pasando, es imposible ver el final de esa multitud. Pero eso ya no me importa, mi abuela está conmigo. Estoy tan alegre que no quiero estropear el momento, respiro poquito y evito cualquier movimiento. Lo único que quiero es decirle que la extraño, pero sólo logro emitir un ligero chillido, quiero gritar pero lo único que sale de mi boca es un horrible sonido. “Cuando me alejé tú fuiste el primero que me lloró. El único que se dio cuenta de mi partida”.

Sus palabras me desconciertan, intento zafarme. Ella continua “Tú estuviste llorando cuando todos dormían. Ni Sofía ni sus hermanos estuvieron conmigo, yo los mantuve y me dejaron sola en ese momento. Pero tú, Niebla, no me dejaste sola. Me acompañaste la primera noche que dormí fuera de mi cama, en esa caja fría y oscura. Ahora yo vengo a acompañarte”.

Mi querido Joel

Abrí los ojos y me encontré con él. Lo observé por varios minutos, noté que su cabello comenzaba a escasear, el mío también había cambiado y, ahora, se tornaba grisáceo. Yo soy más joven que él, pero a su lado me veo mayor. Siempre me lo han dicho, Joel y mi familia, pero, ellos qué van a saber; todos los días me levanto a las cinco de la mañana y me acuesto a las once, aunque me duermo hasta pasadas las dos por el cansancio o porque a él le da la gana tener sexo.

Se ha despertado y bosteza casi en mi cara. Hace años al menos tenía la delicadeza de taparse la boca. En cambio, ahora parece que disfruta echándome su tufo mañanero.

Después de unos minutos, me levanto. Joel, hace lo mismo. Él se mete a bañar; escucho el ruido del agua caer. A veces, me gusta imaginar que, al igual que el agua, Joel se va por la coladera. El golpe de su voz interrumpe mis pensamientos. Ya ha salido y se está vistiendo.

— Apúrate, que no quiero salir tarde como de costumbre.

— ¿Qué hago para desayunar?

— Tú siempre con tus pendejadas, a mí qué madres me dices. Hasta para eso eres una inútil.

De su boca salen pequeñas gotas de saliva que se pierden en el aire. La luz que pasa por la ventana, forma un halo a su alrededor: si no fuera por las palabras hirientes, hasta parecería un ángel.

— ¡Carajo!... quítate, de veras que cuando te pones a fregarme la vida, lo logras.

— ¿Quieres unos chilaquiles? ¿Verdes o rojos?

Mi voz tiembla. Espero su reacción. Joel se ha quedado inmóvil, me mira con odio, como la vez en que sin querer quemé su camisa.

Termina de abrocharse el pantalón. Se aproxima como contando los pasos. Se detiene frente a mí. Su rostro se ha desfigurado en algo que simula ser una sonrisa. Pasa su mano por mi cadera y la desliza hasta mi cintura. Toca mi estómago que los años y los hijos han abultado. Sé lo que sigue, pero aun así no lo evito. Sube hasta tomar mis senos y los aprieta.

— Puerquita, ¿acaso me ves cara de crudo?

De nuevo siento su aliento, sólo que ahora huele a cigarro barato. Cierro mis ojos para no llorar, pero al abrirlos me doy cuenta que no pude contener las lágrimas.

— Chillona, no aguantas una caricia. Está bien, dame tus chilaquiles, pero rapidito.

Con el pecho caliente y, todavía con la sensación de opresión en éste, me dirijo a la cocina. Me detengo en la entrada. Observo que todo allí es blanco; la estufa, el refrigerador, la alacena, la pequeña mesa y las sillas en las que a diario nos sentamos. Hasta el piso, las paredes y las cortinas son del mismo color. Cuido y limpio todo y nada de esto es mío. La estufa era de mi madre; lo demás lo compró Joel.

No hay ni una mancha de cochambre en la estufa; a la mínima insinuación de mugre Joel me manda a tallarla. Lo único negro es el interior del horno, que de vez en cuando me doy el lujo de no limpiar. Él es el único que me quiere. Los demás muebles se empeñan en ver mis manos gastarse.

Sazono los jitomates y destapo los totopos, pero la bolsa se rompe y todo se riega en el suelo. Me agacho rápido y los recojo; antes de que Joel me vea, los echo en la salsa que ha comenzado a hervir. Después de un rato, los retiro del fuego.

Coloco cuatro platos sobre la mesa y en tres de ellos pongo una ligera capa de ese polvo especial que compré hace varios años. El vendedor me dijo que era muy efectivo y que casi no se notaba en los alimentos. Sirvo los chilaquiles, esta vez no se me quemaron. Termino de prepararlos con la crema y el queso.

Joel entra a la cocina acomodándose la corbata, tras él vienen los niños recién bañados; esta mañana no he tenido que ir a despertarlos. Ellos juegan y bromean con su papá, mientras desayunan. Deborah abraza a Joel y toca su rostro con delicadeza. Ese mismo rostro que antes yo también acariciaba. Roberto se les une. Se ve que Joel los quiere, a ellos no les pega ni los maltrata como a mí.

Miro el reloj, otra vez se les hizo tarde.

— Joel, ya van a dar las siete. Come todo, no quiero que te mal pases. Ustedes también coman.

— Hasta que haces algo bien, ¿verdad, chamacos?

Joel se termina de golpe el desayuno.

— Sí, Angélica, hasta que nos haces algo decente —Contesta Roberto.

Yo apenas comienzo a comer. Se me escapa una lágrima, escurre por mi rostro y cae dentro del plato. El picante disimula el sabor. Ellos no lo han percibido. He dejado la llave del horno abierta. Poco a poco, mi visión se pone borrosa, tengo nauseas, me cuesta respirar y no puedo moverme. Miro cómo Deborah y Roberto palidecen y ponen las manos sobre sus barriguitas. Se ven tan lindos, así, calladitos, mirándome sin decir nada. Veo de nuevo el reloj, ya no tienen tiempo.

Joel se levanta, se desanuda la corbata. Su rostro parece diluirse en pequeñas gotas de sudor. Los niños siguen mudos; no hicieron más que deformar mi cuerpo. Yo no sé qué siento, todo me duele. ¿Se quejan? ¿Dicen algo? Sólo escucho el reloj. Se deshace el rostro de Joel, mi querido Joel.

En mi cielo

Pero sus ojos... Era como si, cuando lo miraba a los ojos, yo estuviera a solas en el límite del mundo..., en una playa del océano barrida por el viento. Lo único que había era el suave rumor de las olas.

Anne Rice

Las paredes azules de mi recámara traen a mi memoria la época en que asistía al jardín de niños; los juegos, las canciones y los dibujos. Ésos que hacían mis compañeros donde los cuerpos humanos adquirirían formas extrañas y las cabezas que a veces flotaban daban la impresión de ser globos. En cambio, yo sólo dibujaba el mar. De ambos lados de mi hoja iluminaba de azul. No necesitaba más para ser feliz.

Por eso cuando me encontré frente al enorme letrero y, al ver el fondo un azul claro, decidí que trabajaría en esa fábrica. Esa mancha azulosa me recordaba al mar que alguna vez mi padre me prometió conocer. A pesar de las horas que pasaba encerrada en la bodega haciendo el inventario, y aunque la paga no era buena, disfrutaba de ese trabajo. Me esforzaba mucho por lograr que mi foto se mostrara en la pared del trabajador del mes.

Allí conocí a Rubén. Fue contratado como supervisor, algunas veces coincidíamos en el transporte, pero sólo eso. A pesar de trabajar en el mismo lugar no habíamos platicado. Y, además, pocas veces él se paraba por la bodega y, cuando lo hacía, sólo se dirigía a mi compañera.

Claudia, mi única amiga, a veces trataba de convencerme para que buscara otro trabajo, porque allí no había futuro. Tal vez tenía razón, pero no me importaba. Me sentía feliz en ese trabajo. Las puertas, los letreros, las batas, todo era azul como el mar que nunca conocí.

Fue en la fiesta de fin de año que por primera vez Rubén me habló. Tomé un poco y me sentía mareada. El espíritu navideño hizo que aquellos que en todo el año no me dirigían la palabra, esa tarde se acercaran a mí, me abrazaran y hasta bromearan conmigo. Fue una sensación incómoda, porque en el fondo sabía que todos, a excepción de Claudia, al día siguiente, volverían a ignorarme.

“¡Alondra, apúrate! Ganaste algo”. Me gritó mi amiga.

Pasé a recoger el premio. Sentía mi rostro caliente. Era la primera vez que el azar me favorecía. “¡Felicidades, Alondra!”, me dijo Rubén. Su voz sonó fuerte y algo ronca. Se acercó y me dio un beso en la mejilla. Tuve una visión. Por unos segundos me imaginé nadando en el mar. Los ojos de Rubén eran azules y yo me reflejé en ellos.

Aunque ya era un poco tarde, me dejé convencer por Claudia para quedarme un poco más. Así que tuve la oportunidad de seguir platicando con Rubén. Supe que era hijo único y no estaba casado. Una hora después, me despedí de él y de Claudia. Al llegar a la parada del camión, me senté y cerré los ojos. Por increíble que parezca nunca había visto unos ojos azules como los que vi esa tarde.

Estaba en estos pensamientos cuando sentí una mano tocar mi hombro, abrí los ojos y me encontré a Rubén. Ambos subimos al transporte.

Así pasó cerca de un mes. En el trabajo nada cambió, él seguía sin tomarme en cuenta, pero al subir al camión me buscaba, y se sentaba a mi lado. Pero, si alguno de los dos iba acompañado, evitábamos cualquier contacto, salvo alguna mirada que se nos escapaba. Nadie sabía de nuestra amistad, ni siquiera Claudia.

Poco a poco mi necesidad de ver a Rubén y de reflejarme en sus ojos fue más intensa. Ya no podía conformarme con utilizar alguna prenda azul o mirar el gran letrero con el nombre de la fábrica.

Una tarde escondí unas cajas de refacciones hasta el fondo del almacén y subí para avisar del faltante. Quería a como diera lugar ver ese azul que tanto me recordaba el mar.

Fui a buscar a Rubén, pero no lo encontré, pregunté a la señora de la limpieza y me dijo que lo había visto en el comedor. Para llegar al sitio debía cruzar un pequeño patio donde estaban algunos electrodomésticos esperando ser reparados.

Al llegar, me encontré con la puerta entreabierta y me acerqué, escuché murmullos. Con cuidado abrí un poco más. Las voces eran más claras, no me atreví a entrar. Me asomé por una pequeña ventana. Sentí un gran coraje. El lápiz que traía en mis manos se quebró. Mis sienes palpitaban fuerte. Rubén tenía a Claudia recostada sobre la mesa. Mientras la acariciaba y subía poco a poco su falda, él la miraba fijamente con sus ojos azules.

Regresé al almacén.

Esa tarde, en el camión, me senté a lado de una señora. Rubén subió después que yo. Me hizo señas para que me sentara a su lado, pero fingí no entenderle. Él bajaba antes, así que cuando pidió la parada estuve más tranquila. Después de un rato, yo también bajé. Al día siguiente, al salir del trabajo pasé a comprar algunas cosas para la despensa y el botiquín.

El lunes, ya más relajada, hablé con Rubén, aclaré las cosas, le dije sobre mi preocupación por el faltante de material en el almacén. Él no dudó y me ofreció su ayuda. Para agradecerle lo invité a mi casa.

Llegó puntual a la cita. No le fue difícil encontrar la casa, pues era la única, en esa calle que estaba aún en construcción. Sólo mi cuarto, la sala y el comedor estaban casi terminados.

Durante la comida platicamos del trabajo y de la manera en que ambos logramos justificar el supuesto faltante. Después de un rato, fui a la cocina por unos tragos.

Continuamos la charla en la sala. Esperé a que las gotas hicieran efecto y Rubén se quedara dormido. Fui al baño. Abrí el botiquín y saqué lo necesario. Lo recosté, tomé el bisturí. Entonces, surgió un hilillo de sangre que recorrió su rostro y que, poco a poco, tiñó de rojo el algodón. En ese momento, no podía pensar en otra cosa que no fuera esos ojos. No soportaba la idea de perderlos. Después de unos cortes quedó al descubierto lo que tanto quería, mis ojos azules. Con mucho cuidado saqué el globo ocular, lo puse dentro de un frasco con alcohol. Hice lo mismo con el otro.

Metí una bola de algodón en cada una de las cuencas y, luego, puse vendas. Ahora tenía el mar sólo para mí. No fue necesario sacar a Rubén de mi casa. Él terminó reforzando una de las paredes del baño. A su cuerpo lo cubrieron pequeños mosaicos azules, para que no extrañara.

Al poco tiempo, cambié de trabajo. De Rubén nada se supo.

Una mañana tocaron a mi puerta. Era una joven como de diecisiete años que me ofreció unas cremas. Tenía una mirada hermosa, pude ver en sus ojos algo más que el mar. Cerré la puerta. La invité a pasar. Y tuve el cielo.

Desde la puerta

Olvidó poner el seguro.

Era de madrugada cuando el chillar de la puerta de la recámara abriéndose lo despertó. Alguien lo observaba. Los latidos de su corazón se aceleraron. Lentamente llevó una de sus manos hasta su boca y la apretó. No podía respirar; sólo emitía pequeños jadeos. Se encogió y pudo sentir su estómago oprimido. A pesar de haber calor, Omar estaba cubierto de pies a cabeza. Adquirió esa costumbre desde que su padre había muerto. Ahora sólo era un bulto sobre la cama.

Desde el fallecimiento de su padre, Omar y Julieta quedaron solos. Ella se convirtió en una mujer callada y sobreprotectora con él. Al principio, lo llevaba a la escuela y lo esperaba hasta que saliera. En casa lo llenaba de mimos exagerados. Aunque Omar ya no estaba en edad, Julieta se empeñaba en bañarlo y vestirlo. Algunas veces, ella le pedía a su hijo que se vistiera o utilizara alguna prenda de su padre; una corbata, una camisa o el perfume.

Pero, conforme pasaron los meses, los caprichos de Julieta incomodaron a Omar, pues le prohibió llamarle madre. A cambio, debía dirigirse a ella como “conejita.” El apodo con el cual el padre de Omar la nombraba.

La mujer entró y cerró la puerta. Con paso lento y tratando de equilibrarse se acercó a la cama. Permaneció parada, sin quitar la vista de Omar durante varios segundos.

Bajo las cobijas, Omar escuchó la respiración agitada de Julieta que retumbaba en el cuarto. Por un momento creyó que su corazón se detendría. Levemente destapó uno de sus ojos. La vio acercarse tambaleante, apenas si podía estar en pie.

Un sudor frío recorrió el cuerpo de Omar, cuando Julieta se dejó caer sobre la cama. Quiso gritar pero no pudo. La mujer se metió bajo las sábanas y comenzó a acariciarlo. Despojándolo de la ropa lentamente.

El miedo de Omar se transformó. Comenzó a desnudarla. La habitación se llenó de respiraciones agitadas, hasta que con la más dulce voz Julieta le dijo al oído:

“No hay que hacer tanto ruido, no quiero despertar a Omar”.

Nostalgia

Natalia abrió el zaguán. Con paso lento se dirigió hasta su hogar; un cuarto de la vecindad que administraba. Abrió la puerta y un olor a humedad salió. La vivienda era pequeña, apenas dos cuartos que iluminaba con velas. Las ventanas estaban cubiertas con hojas de periódicos que los años y el sol habían decolorado. Escuchó una voz darle los buenos días.

Dentro, había una vieja cama; el comedor era una mesa, sostenida por tres hileras de ladrillos y sólo una pata de madera. Allí, encontró a Aline. Sentada con los ojos clavados en el plato y en su boca una ligera mueca. El cereal había absorbido la leche y, ahora, era una pasta amarillenta. La anciana tomó una de las velas y se dirigió a la cocina.

– ¿Mija, otra vez no desayunaste? – Gritó Natalia mientras preparaba café. Sirvió dos tazas. De un huacal que utilizaba como alacena, sacó unas galletas y las puso en un plato. De nuevo regresó al comedor.

La mujer se acercó a Aline, le dio un beso y se sentó frente a ella. A pesar de la poca luz, la anciana pudo ver las mejillas sonrosadas de su acompañante. Mientras bebían, Natalia la miraba fijamente. Para ella, Aline seguía siendo la más bonita de la vecindad.

En las noches, cuando estaban en la cama, la anciana solía acariciar las mejillas, las piernas y cada parte del cuerpo de su amiga, a veces al mostrarle su amor un mechón de cabello quedaba en la mano de la anciana. Entonces escuchaba a Aline disculparse.

En esa oscuridad sólo el crujir de las galletas se escuchaba. Los ojos de Aline brillaban. Aunque no lo decía, ella también disfrutaba de la compañía de Natalia y de sus cuidados. Por las mañanas, antes de salir, la anciana la peinaba y, mientras lo hacía, Natalia le platicaba lo mucho que le recordaba a su marido, la boca, los ojos cafés, el cabello ondulado; menos el color de la piel. En eso se parecía a ella: ambas tenían la piel curtida por el sol.

Aline sabía que, a pesar de todo lo que Natalia hacía por conservarla era evidente el paso del tiempo. Su piel había perdido la suavidad y en su cabello ya era escaso.

La anciana terminó su café. Después de unos instantes, fue hacia el asiento de Aline, la tomó del brazo y, al levantarla de la silla, cayó una pierna.

Reflejo

Llegué a casa. Todo estaba a oscuras, Esther aún no regresaba del trabajo. Yo temblaba y en mis oídos quedó atrapado el ruido de las sirenas. A pesar de escuchar en la televisión y leer en los periódicos todos los días sobre la inseguridad, la verdad es que jamás me habían asaltado. Recuerdo que de pequeño, camino a las tortillas, un borracho me quitó el dinero. Pero esto jamás lo había vivido: los gritos de ese hombre exigiéndome la cartera mientras ponía en mi frente el arma. Dicen que cuando se está tan cerca de la muerte uno ve pasar toda su vida; no me ocurrió. O tal vez no lo recuerdo porque todo fue muy rápido. El tipo estaba junto a mí, apuntándome. En mi frente podía sentir el frío del cañón. Hubo un estruendo que asustó al asaltante. Aproveché su descuido, lo empujé y salí corriendo del microbús. No me detuve hasta llegar aquí.

Saqué las llaves del bolsillo y entré a la casa. En la sala había un espejo grande que colgaba en la pared, no quise encender la luz para no ver mi miedo reflejado. Así que permanecí a oscuras, sentado en el sillón. No pude más, tapé mi rostro y lloré. Pronto las lágrimas, las babas y los mocos mojaron mis manos. Me sentí indefenso. Al poco rato, dejé de llorar. Me dolía el pecho y sentí mis ojos inflamados. Me recosté en el sillón.

Esther no llega. No me atrevo a hablarle porque notaría mi nerviosismo y no quiero preocuparla. Necesito verla, abrazarla y percibir su perfume. Pero no deseo que me vea así, lloroso, con miedo. En la oscuridad veo unos ojos amarillos que me ven y se acercan a mí. Es Canela que lame mi mano y recarga su cabeza en mi pierna. He dejado de temblar, estoy un poco más tranquilo. Ella parece triste como si supiera lo que me pasó. La abrazo y en cuanto lo hago siento que algo tibio recorre mi rostro. Canela empieza a gruñir como si de repente me desconociera.

En esa oscuridad escucho la voz de Esther. “Quieta, Canela, ahora yo te cuidaré.” Un aroma a flores y velas quemándose penetra mi nariz. Alguien encendió la luz. Lo veo. Es como si estuviera frente a ese gran espejo. Sólo que mi reflejo está inmóvil, pálido, como durmiendo. En mi frente hay un pequeño orificio.

Veintisiete líneas

Con mano temblorosa escribía el mensaje. Sus largos y delgados dedos se deslizaban por el teclado del teléfono. Una palabra, luego otra. Su corazón latía tan rápido que le provocaba dolor en el pecho. El semáforo cambió. Lucía se detuvo

Aprovechó para leer una a una cada oración. No es que fuera buena escribiendo, pero ese mensaje en especial debía ser preciso. Era la primera vez que haría algo así. Por timidez, ella jamás habló a ningún chico de sus sentimientos, los guardaba y esperaba olvidarlos con el tiempo. Pero, esta vez, no sería así; en verdad creía haberse enamorado y él debía saberlo.

Ulises la trataba diferente. Bueno, no. En realidad, la trataba igual que a las otras compañeras de la tienda y hasta le cargaba más la mano. Pero a ella no le importaba. Por el contrario disfrutaba tenerlo cerca, sentir que él rozara su mano o su brazo por casualidad. Para ella, era una caricia. Una vez, Lucía estuvo a punto de decir a Ulises que lo amaba.

Lo imaginé muchas veces “Ulises te amo” esas eran las palabras exactas. Así de simple, pensaba decírselo cuando estuviéramos solos. Pero se lo dije mientras él atendía a una cliente o al menos eso intenté, porque de mi boca salieron palabras sueltas “Ulises... tú... siento...me... me... guss”. Con cada palabra que decía se incendiaba mi rostro. Sudaba y una especie de nudo en la garganta no me dejaba respirar; todo mi cuerpo temblaba. Él, mis compañeras y hasta las clientas se rieron. Los siguientes días evité encontrarme con Ulises, pero era imposible. En una ocasión mientras acomodaba el aparador me tomó por la cintura e intentó hacerme bailar y yo lo alejé. Pero a Ulises no le importó. A mí no me gusta bailar, me da pena que toquen mi cuerpo. Soy tan delgada que mis pantalones resbalan de mis caderas, no soy atractiva. Ulises no es como Vicente, mi vecino, él también me gustaba. Pero nunca me dirigió la palabra ni siquiera un saludo. Ulises en cambio fue el primero en hablarme cuando entré a la tienda. Eso me hizo

sentir especial. Mis compañeras son bonitas, alegres y todas se llevan bien con él. A veces las chicas organizan fiestas, a mí no me invitan, dicen que soy muy seria y que seguro me aburriría con ellos. Tienen razón. Con Ulises sí saldría. Me gusta su voz, es grave y siempre habla fuerte. Una vez me susurró al oído y sentí una pequeña corriente recorrer mi cuerpo y causar en mí una sensación que nunca había sentido.

La luz en preventivo le hizo volver a concentrarse en la pequeña pantalla del celular. En cuanto tuvo el paso, ambas manos se aferraron al teléfono. Las yemas de sus dedos se ponían ligeramente blancas con la presión que hacía en el teclado. Continuó escribiendo.

Pasó junto a un auto y, aunque se sabía poco agraciada, su vanidad de mujer la obligó a detenerse por unos segundos para contemplarse. Se observó. Se vio delgada, su cabello estaba opaco y despeinado; era tan simple que se avergonzó por tener un sentimiento amoroso. Sin embargo, Lucía se dio valor y continuó escribiendo. Ella se desahogaba con cada palabra que aparecía en la pantalla.

Un mosaico de emociones se encontraba reunido en su pecho. Comenzó a sudar. Sus pasos lentos, provocaban desesperación entre las personas que debían detenerse en cuanto notaban la pasividad con que Lucía caminaba. Algunos decidían bajar de la banqueta, mientras que otros, simplemente la empujaban.

Ya no revisaba la ortografía y escribía sólo por impulso, para liberarse. Levantó la mirada cuando notó que estaba a poca distancia del metro, sólo debía subir el puente para abordarlo. Apresuró el paso, su corazón latía con más fuerza. Desde arriba observó cuando llegó el transporte.

Debía terminar y escribió las últimas palabras; ésas que no dejarían duda en Ulises de que ella lo amaba. Revisó rápidamente el mensaje. Contó. Eran veintisiete líneas, sin puntos ni comas. Se detuvo justo a la mitad del puente.

Sólo le faltaba apretar una tecla; tardó unos segundos antes de decidirse. Su rostro sudoroso, sus ojos rojos delataban su nerviosismo. Con mano temblorosa apretó “enviar.” Un sobre apareció en la pantalla. En cuanto Lucía vio que el mensaje no terminaba de mandarse surgió en ella una especie de desesperación. *“Si se lo muestra a las chicas... se burlarán de mí. Cómo lo podré ver a los ojos sin que sienta que me ve con lástima. Estúpida”* Tenía el rostro pálido, sus labios blancos; estaba a punto de llorar. Quiso anularlo pero el celular resbaló por el sudor de sus manos. Ella manoteó. Al intentar agarrarlo Lucía se acercó al barandal y cayó.

Se escuchó un golpe seco, seguido de unos gritos.

Minutos después, las sirenas de las patrullas y la ambulancia comenzaron a oírse. Un paramédico se acercó a Lucía, y notó cerca de ella el celular. Lo observó y vio en él la leyenda “mensaje no enviado.”

*Análisis del efecto y construcción de la
angustia en la obra:
Veintisiete líneas*

Introducción

El primer acercamiento que tuve con los cuentos se dio en mi niñez, con las narraciones que me contaba mi madre antes de dormir; gigantes y casas hechas de dulce me acompañaron cada noche. Sin embargo, fue hasta que llegué a la preparatoria en la clase de Lengua y Literatura del profesor Édgar Mora que me reencontré con ese mundo que ofrece la ficción. A partir de las lecturas y ejercicios noté que era capaz de crear mi propio universo con seres inventados a mi libre elección. Con este descubrimiento comencé mi camino por la literatura y la escritura.

Es en la universidad, en el área de Inventiva, donde encontré el tipo de narración que me gusta realizar. Durante el tercer curso de Cuento experimenté con la escritura de diversos subgéneros y descubrí mi fascinación por los relatos oscuros. Fueron los cuentos de terror, horror y suspenso con sus atmósferas de misterio, miedo; así como las estructuras de algunos relatos lo que llamó mi atención. Surgiendo de esta mezcla de lectura y ejercicios las primeras versiones de algunos cuentos que presentó en *Veintisiete líneas*. Posteriormente, mientras cursaba Cuento IV y el Seminario de titulación hice una revisión de todos mis cuentos; y antes de concluir el semestre ya tenía la temática de unidad de mis cuentos, esto es: la angustia.

En esta segunda parte del trabajo recepcional analizo cinco cuentos del libro *Veintisiete líneas* donde reflexiono y explico cómo intenté construir el efecto de la angustia en ellos. El trabajo lo organizo de la siguiente manera:

En primer lugar, en el apartado titulado “La angustia” me familiarizo con el tema abordando cinco teorías, que me permitirán observar desde distintos ángulos el concepto. En este caso, decidí hacerlo desde la filosofía, la cual se vincula a lo psicológico². La finalidad es ver los

² Al estudiar a Søren Kierkegaard y su pensamiento filosófico es imposible no abordar su vida personal, ya que es fundamental en su dialéctica, pues su existencia se da en un contexto religioso que más adelante lo llevó a preguntarse sobre el ser y el espíritu. Los temas en la obra kierkegardiana se enfocan en el individuo y su existencia concreta; de allí que existiera una crítica hacia la filosofía hegeliana, la cual “le parecía alejarse de la vida. [...] La

matices de la angustia y las condiciones bajo las que surge. Los autores que consulto son los psicoanalistas Sigmund Freud y Erich Fromm; así como los filósofos Sören Kierkegaard, Martín Heidegger y Jean Paul Sartre; vistos en ese orden. Decidí ir de lo concreto de la angustia con sus síntomas, sus mecanismos y su presencia como parte del entorno social a lo abstracto con el pensamiento filosófico de Kierkegaard, Heidegger y Sartre, viéndola como parte de un proceso interno del ser; además de relacionarla con la “nada” y el “vacío.”

Después, en el apartado “El cuento”, llevo a cabo el repaso de algunas definiciones del género, sus elementos y su fin principal. La finalidad de esto es ubicar a mis textos dentro del género y, así mismo reafirmar la importancia e impacto que tiene el poder construir un efecto que provoque algo en el personaje, y también en el lector. Para ello consulto a: Seymour Menton, Enrique Anderson Imbert, Helena Beristáin y Alberto Paredes.

oposición entre Kierkegaard y Hegel es, ante todo, la de un pensamiento para cuya manera de pensar la filosofía es parte de la vida y la de un pensador que, desde fuera, quiere explicar *ex cathedra* y doctrinariamente qué es la vida” (Las cursivas son del autor. Ramón Xirau. *Introducción a la historia de la filosofía*. 378). Para Kierkegaard la vida no se trata sólo de lo absoluto y lo racional, como la veía Hegel; para él lo esencial es el individuo y sus elecciones. De allí que kierkegaard proponga un pensamiento filosófico basado desde su experiencia y de la individualidad. Donde habla de tres etapas por las cuales atraviesa el hombre, a esto se le conoce como los “tres estadios.” En el estadio ético aparecen las obligaciones, la moral y todas las reglas. En el estético, el hombre se preocupa de la belleza, lo hermoso y lo sublime. El estadio religioso, es al que, según kierkegaard el hombre aspira; en éste se busca el rescate frente a la muerte y al olvido; este rescate se logra siendo un cristiano verdadero, donde la fe sea lo único que sostenga y salve al individuo. El deseo de llegar a este ideal de imposibilidad es lo que angustia a Kierkegaard. Así mismo, considera que es en la libertad y en todas las posibilidades que se tiene de elegir que se genera una sensación de vacío que recuerda al hombre la muerte y esto, también le angustia.

En esta manera subjetiva que hacer filosofía que nace, lo que se considera el germen del existencialismo. Con el tiempo, las ideas de Kierkegaard llegaron a Alemania donde se les consideró afín al naciente psicoanálisis freudiano. Por su parte, Husserl también retomó, sin mucha fortuna, parte del pensamiento de Kierkegaard al tratar de “[...] hacer del análisis filosófico de la conciencia una ciencia racional. [...] este intento resultó ser estimulante y fructífero filosóficamente Heidegger, discípulo y compatriota de Husserl, [...] llevó las ideas de Kierkegaard a un nivel superior” (Paul Strathern. *Kierkegaard en 90 minutos* 126).

Heidegger atraviesa por un conflicto de fe, decidiendo alejarse del cristianismo. Heidegger en su filosofía dice el ente es aquello que es, mientras que el ser no es algo que se pueda definir. El hombre es arrojado a la existencia El ente problematiza su existencia. Esta preocupación por el ser sin duda se convierte en una pregunta fundamental dentro del existencialismo. Jean Paul Sartre, se ve influenciado por la obra de Heidegger y a partir de la lectura de *Ser y tiempo*, escribe su obra *El Ser y la nada*. En este estudio Sartre afirma, entre otras cosas, que el individuo está condenado a ser libre, pues jamás puede dejar de elegir. De esta manera, queda expuesto al fracaso y a ser nada ante los otros y el mundo. En este contexto surge la angustia, pues en todas sus decisiones busca alcanzar a un ser ideal, muy distinto al que es.

Posteriormente, en el siguiente apartado “Análisis de los cuentos” reflexiono y explico la manera en cómo aparece el efecto de la angustia en cinco de mis narraciones; “La mirada de Niebla,” “En mi cielo”, “Mi querido Joel”, “Desde la puerta”, y “Mitin”. Elegí estos cinco cuentos porque la mayoría, a excepción de “Desde la puerta”, fueron narraciones que escribí con la intención de construir el efecto de la angustia; mientras que en el resto de las narraciones el efecto no es puro, ya que mi intención al escribirlos era otra; como la de crear textos donde los personajes experimentaran suspenso o terror. Por lo que el efecto de la angustia no es tan intenso; sin embargo, “Desde la puerta”, a pesar de ser de los primeros cuentos que hice, decidí analizarlo porque en él hay síntomas claros propios de la angustia, como lo veremos más adelante.

En cuanto a las herramientas literarias que considero los ejes principales en la construcción del efecto que trabajo son: el punto de vista, la descripción y las atmósferas; parte importante dentro de mi propuesta artística

Al finalizar el análisis, llevaré a cabo una conclusión para observar la importancia de haber abordado este tema y el impacto que tiene en mi formación como escritora.

La angustia

Ese sentimiento de opresión, de incomodidad que surge de repente de la nada, que nos hace padecer incluso cierto malestar físico, es a lo que llamo angustia. Según el *Diccionario de psicología*, la angustia “[...] se relaciona con lo angosto, con lo estrecho,” “Angustia”. En la escritura construir un efecto como la angustia no es algo sencillo; pues no sólo se trata de narrar una sensación. A la angustia hay que descubrirla, conocer sus mecanismos y la manera en que se mueve; e intentar proyectarla en el texto. “Como la imaginación juega un papel importante en la

angustia, ésta tiene su causa más en el individuo que en la realidad que le rodea, y su duración no se encuentra, como la del miedo, limitada por la desaparición de las amenazas” (Delumeau, Jean. *El miedo en Occidente*. “3. De lo singular a lo colectivo. Posibilidades y dificultades de la transposición”. 20). La angustia es una de las emociones que le es común en el hombre como parte de la condición humana; el estado angustioso se encuentra vinculado a lo psicológico, como veremos a continuación.

Sigmund Freud³ afirma que los sentidos de quien sufre un ataque de angustia se agudizan dando como resultado “[...] la hipersensibilidad con respecto a los ruidos” (*La neurastenia...*, 2). La angustia nos vuelve más perceptivos, no sólo con respecto al mundo externo que nos rodea. En nuestro interior la angustia surge como algo que no se puede explicar, es un sentimiento que nos inquieta llevándonos a imaginar una visión pesimista ligada a ciertos objetos; así como a la expectativa de que ocurra algo que nos dañe. Cuando experimentamos angustia nos ponemos en alerta.

En *Más allá del principio del placer*, otro texto de Freud, éste lleva a cabo la distinción entre angustia y miedo, pero añade otro concepto, el terror. Al respecto, dice que:

Terror, miedo, angustia [...]; se las puede distinguir muy bien en su relación con el peligro. La angustia designa cierto estado como de expectativa frente al peligro y preparación para él, aunque se trate de un peligro desconocido; el miedo requiere un objeto determinado, en presencia del cual uno lo siente; en cambio, se llama terror al estado en que se cae cuando se corre un peligro sin estar preparado: destaca el factor de la sorpresa (12).

³Sigmund Freud: “(1856-1939) nace en Freiberg (Moravia) [...]. Interesado por los fenómenos histéricos y por la aplicación del hipnotismo a los mismos, Freud presentó, en 1895, los resultados de las investigaciones sobre la histeria realizadas en colaboración con Josef Breuer. Estas investigaciones han sido consideradas a veces como una primera versión del ulterior psicoanálisis. Sin embargo, el psicoanálisis –Primero como método y luego como doctrina– se perfiló únicamente cuando el abandono del procedimiento condujo a Freud a su terapéutica de la descarga psíquica y a su doctrina del impulso sexual enmascarado y reprimido” “Freud”.

La distinción de estos tres conceptos es fundamental para el desarrollo de este trabajo. El miedo tiene su origen o lo provoca algo concreto; de esta manera, una persona que la ha mordido un perro, es probable que experimente miedo cuando se encuentre frente a uno de ellos. Además esta misma persona puede desarrollar algunas fobias, angustias al salir a la calle por el miedo a encontrarse con un perro. En cambio, quien siente terror es porque se encuentra sorpresivamente en una situación de peligro; por ejemplo, sufrir un asalto causa terror, ya que es un evento violento para el cual no estamos preparados. La angustia es una reacción ante un estado de amenaza, de expectativa que nos advierte de algún peligro. Es la espera de que surja “algo”. La angustia no tiene un origen determinado; por lo que son diversas las situaciones en que ésta puede surgir.

Pero ¿qué es aquello que amenaza, que angustia?

En “Lo siniestro” o “Lo ominoso”, Freud señala que la angustia está relacionada con aquello que deja de ser conocido y familiar. Él dice que: “Lo ‘ominoso’ [...] pertenece al orden de lo terrorífico, de lo que excita angustia y horror” (párr. 2). Es decir, que aquello que es siniestro u ominoso, además, puede generar angustia.

¿Qué es lo que hace que lo siniestro provoque angustia? El psicoanalista afirma que cuando algo deja de parecerse cómodo, familiar y conocido, es decir, *heimlich*, y se pierde el sentido de protección, nos encontramos en el terreno de lo siniestro, lo *Unheimlich*. Algo que nos remite a la angustia.

Freud cita a E. Jentsch y lo toma como punto de partida en el estudio de lo siniestro, destacándolo como ejemplo ideal para observar las situaciones, los mecanismos, el tipo de personas o cosas que tienen la capacidad de provocar el sentimiento ominoso de una manera nítida e intensa. Freud dice que la primera condición que Jentsch propone para despertar la sensación ominosa consiste en dejar al lector “[...] en la incertidumbre de sobre si una figura

determinada que tiene ante sí es una persona o un autómeta, de tal suerte, además, que esa incertidumbre no ocupe el centro de su atención, pues de lo contrario se vería llevado a indagar y aclarar al instante el problema, y como hemos dicho, si tal hiciera desaparecería fácilmente ese particular efecto sobre el sentimiento [...]” (párr. 28). Para Jentsch la incertidumbre es importante como generadora del efecto siniestro. Entonces, el reto del escritor se encuentra en equilibrar todos los elementos como son; la atmósfera, la descripción y el punto de vista, entre otros; para que al lector no se le revele de inmediato la naturaleza siniestra del objeto o ser presentado. Esto con la finalidad de que el lector sienta la angustia como efecto de esa incertidumbre.

Considero importante hacer notar que en mi cuento titulado: “Nostalgia” intento jugar con la incertidumbre de si algo tiene o no vida, para construir el sentimiento siniestro en la relación que tiene Natalia con una muñeca, a la cual trata como ser humano e incluso da un nombre. Por otro lado, a partir del punto de vista de la narración y de la atmósfera oscura que rodea a la protagonista, también intento reforzar lo ominoso dentro del texto. La personalidad de la acompañante de la anciana se evidencia al final del relato, como se observa a continuación: “La mujer se acercó a Aline, le dio un beso en la frente. [...] Natalia la miraba fijamente. Para ella, Aline seguía siendo la más bonita de la vecindad. [...] La anciana terminó su café. Después de unos instantes, fue hacia el asiento de Aline, la tomó del brazo y, al levantarla de la silla, cayó una pierna” (57). La escena anterior está construida para que el desenlace sorprenda al lector, quien probablemente, notará algo extraño, sin tener claro “el qué” en la relación de ambas.

Otra condición que Freud considera para que se presente el sentimiento de angustia es el miedo a la pérdida de los ojos que, además, conduce a lo ominoso. Dice el psicoanalista que en el cuento de Hoffman “El hombre de arena”, Nataniel experimenta angustia, durante su infancia, ante la presencia de Coppélius. Lo siniestro se encuentra en la imagen que la criada construye del hombre al pequeño:

Es un hombre malo que viene a buscar a los niños cuando no quieren irse a la cama y les arroja un puñado de arena a los ojos haciéndolos llorar sangre. Luego los mete en un saco y se los lleva a la luna creciente para divertir a sus hijos, que esperan en el nido y tienen picos encorvados como las lechuzas para comerles los ojos a picotazos (Hoffman. párr. 8).

Perder los ojos es para Nataniel motivo de angustia. El causante de este sentimiento que se vincula a lo siniestro es el abogado Coppelius. El lector se encuentra ante una figura oscura capaz de provocar la pérdida de ojos de una forma siniestra. Con este cuento Freud no sólo abarca los mecanismos de lo ominoso que viene de la angustia provocada, principalmente por la pérdida de los ojos; éste aspecto también lo lleva al terreno del psicoanálisis y afirma que el miedo que existe por “[...] dañarse los ojos o perderlos es una angustia que espeluzna a los niños. Ella pervive en muchos adultos que temen la lesión del ojo más que cualquier otro órgano” (Lo ominoso, p. 231). Así mismo, menciona que la angustia por la pérdida del ojo, la ceguera, son en el hombre el reflejo de la angustia ante la castración. Como vemos existe una angustia por el miedo a perder los ojos expresada consiente o inconscientemente en la literatura. La pérdida de los ojos dice Freud, en el caso del cuento del Hoffmann se relaciona estrechamente con la angustia que sufre el personaje ante la pérdida, en primer lugar del padre y, después de sus objetos amorosos. En todos los casos se hace referencia a este órgano y, además, en cada una de estas pérdidas se encuentra presente la figura del Hombre de la Arena como la figura que provoca el sentimiento de angustia que remite a lo siniestro.

En este mismo texto, Freud destaca que para la construcción del efecto de la angustia o de cualquier otro, la importancia que tiene el punto de vista en el relato al decir que: “el autor quiere hacernos mirar a nosotros mismos por las gafas o los prismáticos del óptico demoniaco” (*Lo*

ominoso párr.35). La intensidad del sentimiento ominoso y angustioso dependerá del punto de vista desde el que se decida narrar, cómo veremos más adelante en el análisis de los cuentos.

Por otra parte, el psicoanalista afirma que la angustia que surge ante la posibilidad de perder los ojos y el miedo a quedar ciego, es equivalente a la angustia de castración. Por lo que, ambos actos se encuentra en el terreno de lo siniestro y lo oscuro. En el hombre ambas pérdidas son causa de una gran angustia, además tras “[...] la amenaza de ser privado de un miembro genital se produce un sentimiento particularmente intenso y oscuro [...]” (*Lo ominoso*, párr. 42). Según Freud, esto se debe a que ambos órganos se encuentran expuestos, incrementando con ello la sensación de angustia ante la amenaza de dañarse o perder cualquiera de éstos. Para el hombre, en particular, la pérdida de los ojos no sólo lo deja carente de uno de los sentidos más importantes, también me atrevería a pensar, puede representar desventaja ante otros hombres, de allí el hecho de que perder los ojos se vincule con la castración.

El “doble” es otra forma de generar el sentimiento de angustia, por considerarse un aviso de la muerte. Freud retoma a Otto Rank y su obra titulada de la misma manera: *El doble*. En dicho estudio Rank observa la figura del doble a partir de: “[...] la propia imagen vista desde el espejo y con la sombra, [...] con el miedo a la muerte [...] y la historia genética de ese motivo” (*Lo ominoso*. párr. 37).

Para Freud, el doble también puede ser visto como la conciencia del “yo” que nos recuerda lo que no hemos logrado. La imagen del doble bajo ciertas circunstancias puede volverse oscura o siniestra. Durante el análisis de los cuentos retomaremos la idea de Rank y se observará el porqué Freud considera el elemento del “doble” como uno de los mecanismos que genera un sentimiento siniestro; al igual que ocurre con el factor de la repetición no deliberada.

Otros aspectos que también remiten a la idea de lo siniestro son: el retorno de aquello que es igual y la cuestión del deseo-realidad; esta última tiene una carga por demás oscura. Freud

afirma que “La impresión de lo ominoso” será mayor si el “lapso entre la manifestación y el hecho fatal” es menor; es decir, desear algo negativo para alguien o algo y que esto se realice casi de forma inmediata. Por último, el psicoanalista habla de la angustia producida por el “mal de ojo” y la considera una de las formas más siniestras y difundidas de la superstición; y que, además, se relaciona con la posesión de algún objeto y la envidia que pudiera despertar en los otros.

El interés de Freud por la temática de la angustia lo llevó a explorarla desde diversos ángulos; como una neurastenia mostrando sus síntomas, las reacciones físicas y lo que provocaba. También, la observó a través de la literatura detallando los mecanismos, por los que se da el sentimiento siniestro que, además, lleva a la angustia. De allí, la importancia de observar toda la gama de posibilidades en que se puede presentar la angustia, pues en mis cuentos aparece, con frecuencia, el elemento siniestro.

Pero la angustia no sólo surge bajo circunstancias ominosas; otra forma de mirarla la encontramos en Erich Fromm⁴, en su obra *El arte de amar*. En este texto Fromm realiza un estudio en el que no sólo señala las diversas etapas del amor, sino también dedica un espacio a la angustia.

Fromm afirma que la angustia surge en el hombre cuando éste no encuentra la aceptación social, provocándole con ello un sentimiento de exclusión con respecto a los demás; y también, una sensación de aislamiento y de rechazo. El hombre, entonces, se encuentra en búsqueda de la aceptación de los otros. Fromm le llama a esto “la vivencia de separatividad”. Él afirma al respecto que esta vivencia:

⁴ Erich Fromm-. “Psicoanalista norteamericano de origen alemán (Frankfurt del Main 1900- Muralto, Tecino 1980). Propugnó la adaptación del psicoanálisis a la dinámica social a partir de una lectura humanista de Karl Marx. *El miedo a la libertad* (1941) y *El arte de amar* (1956) son algunas obras destacadas del psicoanalista” “Fromm”.

[...] provoca angustia; y es por cierto, la fuente de toda angustia. [...]. De ahí que estar separado signifique estar desvalido, ser incapaz de aferrar el mundo —las cosas y las personas— activamente; significa que el mundo puede invadirme sin que yo pueda reaccionar. [...] La necesidad más profunda del hombre es, entonces, la necesidad de superar su separatidad, de abandonar la prisión de su soledad. El fracaso absoluto en el logro de tal finalidad significa la locura (10).

El hombre busca llenar el vacío que le provoca sentirse aislado de los otros; e intenta superar la angustia que resulta de la separatidad. Es en la rutina donde el hombre se refugia para salir de esta vivencia. La “conformidad” que encuentra en lo cotidiano es lo que evita que se sienta separado o excluido de los otros, es lo que le brinda certidumbre. Fromm señala que:

El hombre se convierte en ‘ocho horas de trabajo’, [...]. Aun los sentimientos están prescritos: alegría, tolerancia, responsabilidad, ambición y habilidad para llevarse bien con todo el mundo sin inconvenientes. [...] ¿Cómo puede un hombre preso en esa red de actividades rutinarias recordar que es un hombre, un individuo único, al que sólo le ha sido otorgada una única oportunidad de vivir, con esperanzas y desilusiones, con dolor y temor, con el anhelo de amar y el miedo a la nada y a la separatidad? (17).

El hombre que se aleja o sale de la rutina y las normas que se le han impuesto queda a la deriva provocando en él un sentimiento de separatidad y un miedo a la nada, al vacío. El no pertenecer y sentirse excluido de los demás es, según afirma Fromm, motivo de angustia.

La nada y el vacío son otras formas de encontrar a la angustia. Es la angustia que provoca el miedo a la nada la que nos lleva a otro terreno, la filosofía; a Sören Kierkegaard⁵ y a su obra *El*

⁵Sören Kierkegaard: “Copenhague, 1813-id., 1855. Filósofo danés. Hijo del segundo matrimonio de un acaudalado comerciante de estricta religiosidad, era el menor de siete hermanos. Jorobado de nacimiento, la opresiva educación religiosa que vivió en la casa paterna está en la base de su temperamento angustiado y su atormentada religiosidad, origen de numerosas crisis” “Kierkegaard.”

concepto de la angustia escrita en 1844. Cabe mencionar, que la angustia que propone el filósofo, no se acerca al tipo de angustia que yo intenté construir en mis cuentos. Sin embargo, considero pertinente abordar a Kierkegaard por su importancia en el tema. Además, de ser una referencia obligada al estudiar la angustia.

Kierkegaard en su obra aborda la angustia a partir de la idea del pecado original, entendiendo la angustia como parte esencial del ser humano. En el capítulo titulado de la misma manera: “El concepto de la angustia”, Kierkegaard afirma que se debe diferenciar, como en su momento lo hizo Freud, a “[...] la angustia del miedo y demás estados análogos; ya que éstos refiéranse siempre a algo determinado, mientras que la angustia es la realidad de la libertad como posibilidad antes de la posibilidad” (60). Un sentimiento (el miedo) nace ante elementos concretos; en cambio, la angustia surge de elementos abstractos, como en la libertad de elegir una posibilidad, que a su vez tiene infinitud de posibilidades, esto es lo que angustia al individuo que de antemano se sabe un ser finito. Al elegir el hombre transforma su realidad. Ramón Xirau dice que visto desde el cristianismo “[...] lo que Kierkegaard quiere decir es que el hombre antes de la caída ha sido creado con libertad y que esta libertad produce angustia cuya presencia está en la caída misma [...] la angustia es un deseo de lo que no se tiene [...]” (383). El miedo siempre estará relacionado con algo en particular, en tanto que la angustia nace de la nada, producto de la libertad que da el vivir en ese estado de inocencia en que el hombre se encuentra.

Kierkegaard afirma que en la inocencia que surge de la ignorancia, “[...] no está el hombre determinado como espíritu [...] en este estado hay paz y reposo [...] no hay nada con qué guerrear. ¿Qué es ello? Nada. Pero ¿qué efecto ejerce? Nada. Engendra angustia” (Kierkegaard 59). Para Kierkegaard el hombre experimenta angustia por permanecer en un estado de reposo y paz, no hay nada. El hombre en esa angustia tiene miedo de “nada”, dejándolo con un sentimiento de vacío “[...] la nada le produce miedo, y eso es la angustia: el espantoso miedo de la nada de su

objeto” (*Diccionario filosófico*. Comte Sponvilles “Angustia”. P. 51). En la nada no existe límite, pues se carece de objeto, es el “no ser”. Mientras que en el “vacío” se encuentra lo posible “la experiencia del vacío es el vértigo: nada ofrece resistencia a nada” (Comte.51). Kierkegaard habla de una ignorancia no sólo de conocimiento, sino como consecuencia de permanecer en un estado de inocencia; sin embargo, tras este estado se oculta la angustia que surge de la nada; una nada que tiene que ver con la posibilidad de la libertad y de poder elegir.

De esta manera, observamos que en Kierkegaard el origen de la angustia se da por vivir en un estado determinado de inocencia e ignorancia que lo conduce a la “nada.” Por otro lado, para Martín Heidegger⁶, angustia y “nada” adquieren una significación distinta de la angustia que describe Kierkegaard. En Heidegger encontré algunos elementos para pensar que la angustia que propone el filósofo es similar a la que sufre el personaje de mi cuento “Desde la puerta” (que más adelante analizaré).

En *Ser y tiempo*, Heidegger afirma que la angustia se da por el hecho de estar en el mundo: “El ante qué de la angustia es el estar- en- el- mundo en cuanto a tal” (187). Al hombre, entonces, le provoca angustia ser arrojado al mundo y, saberse un ser para la muerte. La “nada” de Heidegger se convierte en el fundamento de la totalidad del ser. En la nada no se niega la existencia de algo. La “nada” ha sido un problema abordado desde la filosofía clásica que surge al preguntarse el origen o principio de todo (*Arché*). ¿Pero qué hay de la angustia?

La angustia tampoco “ve” un determinado “aquí” o “allí” desde el que pudiera acercarse lo amenazante. El ante-qué de la angustia se caracteriza por el hecho de que lo amenazante no está *en ninguna parte*. La angustia “no sabe” qué es aquello ante lo que se angustia. Pero, “en ninguna parte” no significa

⁶Martín Heidegger: “(Messkirch, Alemania, 1889-id. 1976) Filósofo alemán. Discípulo de Husserl. Según Heidegger, únicamente los filósofos presocráticos sabían lo que era el Ser. Nietzsche, y posteriormente, él mismo han vuelto a descubrir que el Ser es un lugar de cuestionamiento para el hombre, y que el hombre vive con la muerte y la angustia refugiada en él. Esto es lo que Heidegger llama *el ser-en- el-mundo* o *Dasein*” “Heidegger.”

simplemente “nada,” sino que implica la zona en cuanto a tal, la aperturidad del mundo en cuanto tal para estar-en esencialmente espacial. Por consiguiente, lo amenazante no puede tampoco acercarse desde una cierta dirección dentro de la cercanía; ya que está en el “ahí” — y sin embargo, en ninguna parte; está tan cerca que oprime y le corta a uno el aliento— y sin embargo, en ninguna parte (187, las cursivas son del autor).

En Heidegger la angustia no es originada por objeto alguno. Es algo que no puede ser explicado; la angustia es “nada”. Sin embargo nos deja un sentimiento de extrañeza, que oprime y corta el aliento. La angustia es una condición existencial en el ser por el hecho de estar en el mundo.

El sentimiento de extrañeza en Heidegger es algo que me remite a Freud. “En la angustia heideggeriana domina más bien esa sensación de ‘sentirse extraño’, ‘uno se siente extraño’ fuera de su casa, de su elemento natural y su refugio, es lo que significa en término alemán *unheimlich* (Moreno Claros, Luis Fernando. *Martín Heidegger: el filósofo del ser*. P. 249). Recordemos en Freud lo siniestro en los lugares que dejan de ser familiar es donde surge aquello que amenaza y, que viene de la angustia.

En el cuento titulado “Desde la puerta” la angustia de Omar, el protagonista, se refleja en la descripción de las sensaciones y reacciones físicas que tiene, aunque él no sabe de dónde viene ese sentimiento. La angustia, entonces, se encuentra en algo que es desconocido para el lector y, aparentemente, también para el niño. Esta desfamiliarización es uno de los mecanismos por los cuales una situación se vuelve algo siniestro. Como lo ominoso de ser devorado, castrado o en el caso de mi texto, el deseo de la madre.

Otro tipo de angustia es aquella que se presenta cuando el hombre adquiere conciencia y sabe que cualquier decisión que tome es única y exclusivamente responsabilidad suya, y que

dependerán de la manera en cómo haya interpretado las cosas; pues teniendo diversas formas de conducirse él ha elegido una determinada; “cuando eligen una, se dan cuenta de que sólo tiene valor porque ha sido elegida. Y esta especie de angustia [...] se explica además por una responsabilidad directa frente a los otros hombres que compromete” (40). Esto es parte de lo que menciona Jean Paul Sartre.⁷ En su obra *El existencialismo es un humanismo*, afirma que el “hombre es angustia” (35).

El existencialista suele declarar que el hombre es angustia. Esto significa que el hombre se compromete y que se da cuenta de que no es sólo el que elige ser, sino también un legislador, que elige al mismo tiempo que a sí mismo a la humanidad entera, no puede escapar al sentimiento de su total y profunda responsabilidad (36).

De allí que todo hombre que se comprometa y se sepa responsable de sus acciones se encuentre viviendo bajo un estado de angustia. Pues cada una de ellas afectará no sólo a él, también a otros. Esta angustia que Sartre propone es a nivel individual; sin embargo, las acciones que lleva a cabo el individuo repercuten y afectan a una colectividad. A la angustia de la que habla Sartre la acompaña el desamparo y la desesperación:

El desamparo implica que elijamos nosotros mismos nuestro ser. El desamparo va junto con la angustia. En cuanto a la desesperación. Esta expresión tiene un sentido extremadamente simple. Quiere decir que nos limitamos a contar con lo que depende de nuestra voluntad, o con el conjunto de probabilidades que hacen posible nuestra acción (23).

⁷“Jean-Paul Sartre: (París, 1905-id., 1980) Filósofo y escritor francés. (París 1905- id 1980). Su filosofía conoce dos fases: la primera, existencialista, considera la libertad como fundamento del hombre (*El ser y la nada*, 1943), la segunda se inspira en el materialismo dialéctico y preconiza el compromiso como único comportamiento auténtico (*Crítica a la razón dialéctica*, 1960) [...]” “Sartre.”

El desamparo y la desesperación, según Sartre, son inherentes al hombre, pues ambos conceptos tienen que ver con su libertad, la capacidad de decidir algo que, de una u otra manera, afectará a otros.

La variedad de teorías vistas desde el psicoanálisis y la filosofía nos llevan a plantearnos la angustia de manera diferente. En el psicoanálisis freudiano la encontramos como un estado que surge ante lo siniestro (*unheimlich*) que transforma lo familiar, lo cómodo en algo desconocido. El psicoanálisis frommiano reconoce en la angustia la necesidad de superar el sentido de exclusión. Mientras que, con los filósofos vistos la angustia puede ser un estado de inocencia donde se oculta la angustia que se relaciona con la posibilidad que da la libertad de poder elegir. También, está la angustia como aquello que no se puede ubicar, pero aun así, nos envuelve, atrapa y ahoga. Finalmente, la angustia que surge producto de la toma de decisiones y de la plena conciencia por saberse parte de una colectividad. Podemos decir, que esta angustia se inclina hacia el terreno de la ética.

Así como el psicoanálisis y la filosofía, la literatura no ha sido ajena a esta temática. Aunque la angustia se ha abordado en diversos géneros, yo me centraré sólo en uno de ellos: el cuento.

El cuento

Escribir es hacerse eco de lo que no puede dejar de hablar.

Maurice Blanchot

Por su extensión e intensidad el cuento es el género ideal para crear un efecto único, a diferencia de la novela donde la extensión del texto y la cantidad de personajes permite que pueda darse más de un efecto. Dice Juan Bosch que “La diferencia fundamental entre un género y el otro está en la

dirección, la novela es extensa; el cuento es intenso” (4). Lo complejo del género está no sólo en la brevedad del texto, también en la intención de impactar y sacudir al lector en pocas cuartillas.

Al planear la escritura de un cuento lo primero que me pregunto es qué quiero lograr, no sólo dentro del texto, también lo que deseo conseguir en el lector en pocas cuartillas. Dice Edgar Allan Poe en su “Filosofía de la composición” que: “[...] la brevedad debe hallarse en razón directa de la intensidad del efecto buscado, y esto último con una sola condición: la de que cierto grado de duración es requisito indispensable para conseguir un efecto cualquiera” (30). Poe habla de la brevedad como parte importante para generar un efecto, por ello, cuando me siento a escribir una historia, no sólo pienso en la anécdota que voy a contar, también busco las palabras exactas que me permitirán construir lo que quiero expresar. Para causar un impacto en el lector; debo economizar en el lenguaje.

El cuento es un género complicado no sólo de escribir, también de definir. Por esta razón, algunos teóricos y escritores se han dado a la tarea de dar su propia definición. En algunos casos encontramos coincidencias pero, en otros, existen variaciones según la poética o las posturas teóricas.

Seymour Menton afirma que: “El cuento es una narración, fingida en todo o en parte, creada por un autor, que se puede leer en menos de una hora y cuyos elementos contribuyen a producir un solo efecto” (8). Esta definición toca dos aspectos importantes. El primero de ellos hace referencia a los elementos ficticios o verídicos, a partir de los cuales podemos crear nuestra historia (el cuento “Atrapado” es un ejemplo de ello, pues la idea de esta historia surge de una experiencia personal ocurrida durante mi infancia). El segundo elemento se relaciona con la brevedad del texto y, al igual que Poe, Menton habla del efecto que se busca producir en el lector.

Enrique Anderson Imbert, por su parte, afirma:

El cuento vendría a ser una narración breve en prosa que, por mucho que se apoye en un suceso real, revela siempre la imaginación de un narrador individual. La acción —cuyos agentes son hombres, animales humanizados o cosas animadas— consta de una serie de acontecimientos entrelazados en una trama donde las tensiones y distensiones, graduadas para mantener en suspenso el ánimo del lector, terminan por resolverse en un desenlace estéticamente satisfactorio (35).

Anderson, además de considerar los mismos aspectos que Menton, añade la trama como algo que se va tejiendo y cuya finalidad es la de atrapar al lector mediante una serie de tensiones y distensiones en la narración. Como se puede ver, en este sentido, Anderson retoma la cuestión del efecto. También aborda a los que realizan la acción, es decir, a los personajes. Esto que menciona Anderson es importante porque más adelante veremos que a partir de los protagonistas se abren otras posibilidades de construir un efecto.

Debo señalar que en algunos cuentos de *Veintisiete líneas* como: “Niebla” o “Retorno,” los protagonistas no pertenecen al género humano. Sin embargo, como es sabido, dentro de la literatura los animales se humanizan, bajo el poder narrativo del escritor. Anderson también menciona que, a pesar de que la narración tome elementos de la realidad, éstos tendrán un sentido particular en la literatura cuando el escritor de una vuelta de tuerca a la situación a través de su particular punto de vista.

Helena Beristáin en su *Diccionario de retórica y poética* define el cuento de la siguiente manera:

El cuento se caracteriza porque en él, mediante el desarrollo de una sucesión de acciones interrelacionadas lógicamente y temporalmente, la situación en que inicialmente aparecen los protagonistas es objeto de una transformación.

En general, el cuento admite por su brevedad, una intriga poco elaborada, pocos personajes cuyo carácter se revela esquemáticamente, unidad en torno a un tema, estructura episódica, un solo efecto global de sentido y, sobre todo el cuento moderno, requiere un final sorpresivo (“Cuento”).

Beristáin también habla del cuento como un texto breve, donde existen pocos personajes y donde hay un solo conflicto. Además de mencionar el efecto único, añade como característica del cuento moderno el final sorpresivo. El cuento, aunque breve en extensión, deberá atrapar la atención del lector.

Alberto Paredes, por su parte dice que el cuento es:

[...] un relato cuyos fines se encaminan a la obtención de un efecto único y final.

Su brevedad arquetípica resulta una consecuencia estructural de su conformación: puesto que la primera regla del juego es contar un tema y obtener un efecto de él, el trabajo narrativo del cuentista concluye al lograr el efecto del tema dado (13).

A pesar de que todos los teóricos abordan la cuestión del efecto, el fin de éste es distinto para cada uno. En Poe el efecto se relaciona con la brevedad y la intensidad del texto. Para Imbert el efecto es parte del suspenso que atrapa al lector; con Beristáin el fin del efecto es llegar al final sorpresivo. Aunque Menton considera que el cuento se trabaja para crear un sólo efecto, coincido más con la definición de Paredes sobre todo con respecto al fin principal que se busca al escribir un cuento; en este caso el de generar un efecto como parte de la primera regla de juego del escritor. Conuerdo porque, en mi caso, una vez que descubrí la temática que daba unidad a mis cuentos busqué experimentar con historias que me permitieran construir específicamente un efecto, entendiéndose éste como:” [...] la técnica [...] truco o artificio para provocar determinadas impresiones”, “efecto”, en este caso, la angustia.

Me gustaría pensar que al tratar de construir en mis cuentos el efecto de la angustia estoy innovando; pero lo cierto es que muchos escritores han experimentado con la angustia. Sin embargo, es justo en la manera en que se trata un tema en que nace una propuesta.

Cuando escribo pienso en la sensación que deseo provocar en el lector al leer mi texto. Considero que mi propuesta literaria se encuentra en los textos que representan la cotidianidad y que dibujan un instante de la vida de un estudiante, de un ama de casa cuya monotonía desencadena en un sentimiento de angustia o la de aquel que se refugia en sus sueños para evadirse de la realidad. Los cuentos de *Veintisiete líneas* parten de elementos que no le son ajenos al lector. Los personajes tienen la particularidad de ser seres nostálgicos que anhelan regresar a un tiempo o a un lugar.

Los elementos para construir mis historias, esos pequeños mundos donde todo puede pasar los encontré en el cuento de terror y horror. El origen del cuento de terror dice H. P. Lovecraft lo podemos ubicar con “Horace Walpole quien le dio forma definitiva a la literatura macabra y se convirtió en su auténtico fundador [...] publicó en 1764 *El castillo de Otranto*, una novela de argumento sobrenatural [...]” (H. P. Lovecraft, *El horror sobrenatural en la Literatura*. p 15). En palabras de Lovecraft en la obra se destacan las pinceladas de “extrañeza” y “antigüedad espectral” que daban un nuevo sentido a lo maravilloso. Con este relato no sólo se inicia el cuento de terror, también, se abre la escuela gótica. “*El castillo de Otranto*” sirvió de influencia para varios escritores, entre ellos Édgar Allan Poe, quien revolucionó el cuento y dio otro sentido al relato de terror.

Pero ¿por qué escribir sobre cosas que nos provocan terror? Noel Carroll menciona que:

Las ficciones de terror nos dan un anticipo de esas reacciones impredecibles. En este aspecto, nos ayudan a lograr control sobre nuestras emociones. Nos preparan para ser sobresaltados y por eso convierten el shock en algo más manejable [...]

saludamos al miedo y el asco que proporcionan — para endurecernos frente a lo que pueda pasar” (*Filosofía del terror o paradojas del corazón*. 10).

De esta manera, el relato de terror no sólo nos expone a lo que tememos, también temple las emociones para salir fortalecidos. El cuento de terror se convierte en un ensayo para situaciones que se nos pudieran presentar. Lo que causa el terror se queda grabado en nuestra memoria.

Un buen cuento de terror, según Stephen King, es aquel que conforme se avanza en su lectura logra “alcanzar el centro de subida y encontrará la puerta secreta a esa estancia cuya existencia creía usted que nadie más conocía” (*Danza macabra*. “I. 4 de octubre de 1957, y una invitación a bailar” p. 10). La lectura de un cuento de terror puede dejar en el lector o espectador expuestos sus temores que escondidos u ocultos: también llevarle a descubrir nuevos miedos y fobias que éste ignoraba tener.

King afirma que el relato de horror se ubica en dos niveles en el primero de ellos se encuentra aquello que pueda ser o causar repugnancia en quien lee u observa; y en un segundo escalón más elevado se lleva al lector o espectador a vivir a su nivel más primitivo donde se pueden encontrar la tortura, cámaras secretas; y que todas aquellas cosas que resultan ser consideradas fuera del comportamiento social aceptado.

Al analizar mis cuentos noté que dentro de ellos existían elementos que se relacionan con lo siniestro y, también, con el horror; por ejemplo, personajes de la vida cotidiana como la empleada o el ama de casa, cuya personalidad poco a poco cambia hasta mostrar al lector los instintos más oscuros del protagonista. Lovecraft comenta al respecto que este tipo de narraciones:

[...] que trafican con los sentimientos y acontecimientos comunes o con las deformaciones sentimentales y triviales de tales hechos, siempre ocuparán el

primer puesto en el gusto de la mayoría: esto tal vez sea lo justo pues esas circunstancias cotidianas conforman casi la totalidad de la experiencia humana (*El horror sobrenatural en la literatura*. “introducción”. 5).

A través de la lectura de mis cuentos quiero que el lector redescubra su sensibilidad, recupere su capacidad de asombro y el gusto por los relatos; que identifique en ellos parte de su cotidianidad, que recuerde algunas creencias, tradiciones y lo mágico que puede haber en ellas. Con mis cuentos busco que el lector viva a través de los personajes y de las atmósferas oscuras, la angustia en sus diversas gamas o matices. A continuación analizaré a través de qué herramientas intento hacerlo.

Análisis de los cuentos

Los cuentos que integran el libro *Veintisiete líneas*, además de ser textos que parten de temáticas cotidianas, tienen otras particularidades, por ejemplo, algunos contienen el elemento fantástico,⁸ un matiz de suspenso,⁹ que pudiera acercarse al terror o a un tono siniestro. Por “tono” entenderemos “[...] la inflexión de la voz narrativa. Su función es otorgar matices específicos a la voz que cuenta o explica algo” (Kohan, 52). A partir del tono y la actitud emocional del narrador doy énfasis al sentimiento siniestro, algo que lleva a generar un posible efecto en el lector.

Es precisamente el tono siniestro lo que ocupo como parte fundamental en la construcción del efecto de la angustia. Recordemos que Freud menciona que lo siniestro es

⁸ Todorov dice: “En un mundo que es el nuestro, el que conocemos [...] se produce un acontecimiento imposible de explicar por las leyes de ese mismo mundo familiar. El que percibe el acontecimiento debe optar por una de las dos soluciones posibles o bien se trata de una ilusión de los sentidos, de un producto de la imaginación, y las leyes del mundo siguen siendo lo que son, o bien el acontecimiento se produjo realmente, es parte integrante de la realidad, y entonces esta realidad está regida por leyes que desconocemos” (18).

⁹ “El suspenso es una reacción emocional en la que el sujeto siente un estado de expectación frente al desarrollo de una acción. Comúnmente se ha caracterizado al suspenso como una emoción que sólo sentimos frente las ficciones narrativas” (Argüello. 50.).

aquello que deja de ser familiar y que causa angustia. Para intentar construir el efecto (en los últimos cuentos que escribí) incluí elementos que pueden ser familiares y cotidianos al lector; pero que, a lo largo de la narración dejan de serlo. Para ello me apoyé en el punto de vista,¹⁰ en mi caso noté que me funcionaba mejor trabajarlo desde una primera persona por la empatía que posiblemente se diera con el lector. Así mismo, la estructura,¹¹ en el orden en cómo ocurren los hechos y la descripción, cuyo fin es “[...] provocar una emoción o sentimiento mostrando el objeto descrito de tal forma que suscite dicha emoción [...]”, “Descripción”, Contribuyen a generar un sentimiento ominoso, y tal vez llevar a un final sorpresivo.

Dentro de mis cuentos: “La mirada de Niebla” y “En mi cielo,” lo que genera el sentimiento siniestro y que propicia la angustia está relacionado con los ojos. Recordemos que Freud menciona que perder los ojos es uno de los elementos, por excelencia, vinculado a lo ominoso, lo oscuro. La desfamiliarización o extrañamiento de algunos personajes que a lo largo de mis relatos; así como la angustia que lleva a lo siniestro por el retorno de los muertos. Entre otros.

Al escribir ambos cuentos mi intención era que el efecto de la angustia se hiciera más evidente en comparación con los primeros cuentos que realicé, donde el efecto era una insinuación. En “La mirada de Niebla,” por ejemplo, la protagonista impulsada por un sueño que tuvo coloca sobre sus ojos las lagañas de un viejo perro, mascota de su abuela Cande, una

¹⁰ Narrador: “El narrador que habla en primera persona es el *sujeto* en el plano de la enunciación y también en el de lo enunciado [...] y, a la vez, es el protagonista de los hechos relatados. [...] El narrador en segunda persona narra también desde la primera y se dirige a la segunda persona. Aparece como una primera persona *implícita* que se dirige a un personaje, al lector y a sí mismo —desdoblándose— [...] La narración en tercera persona también es realizada por una primera persona implícita cuyo *referente* es el otro, [...] La forma canónica de este tipo de narración opera sobre la relación yo-él [...]” “Narrador.”

¹¹ Estructura: “Forma* en que se organizan las partes en el interior de un todo, conforme a una disposición que las interrelaciona y las hace mutuamente solidarias. En otras *palabras*, la estructura es el armazón o esqueleto constituido por la red de relaciones que establecen las partes entre sí y con el todo. [...]” “Estructura.”

curandera fallecida. Dándose desde ese momento una atmósfera¹² siniestra que la lleva a padecer angustia.

En esta narración el efecto se da a partir de la atmósfera producida por la evocación constante de los recuerdos, de la memoria sensorial que tiene Sofía del aroma a copal que impregnaba a su abuela y la presencia de Niebla, el perro. Esto se refuerza con el tono de soledad provocado por el vacío que ha dejado Cande; algo que se muestra al iniciar el cuento. “Nuestro regreso del panteón fue en silencio. Ya habían pasado cinco años desde el fallecimiento de Candelaria, mi abuela, y todavía no lo superábamos” (los subrayados son míos, 39).

El regreso de ellos, “silenciosos,” del panteón ligado a la marca temporal “cinco años” acentúa el duelo no superado. Más adelante, los recuerdos de la protagonista nos llevan al primer indicio de lo siniestro; la coincidencia entre el llanto constante de Niebla la noche en que fallece la abuela: “[...] Aquella noche, el animal estuvo llorando y aullando por horas, tal vez, presentía lo que iba a pasar a la mujer que lo cuidó y alimentó por años” (39). Para Sofía esta casualidad es algo que demuestra el apego del perro con su dueña. Sin embargo, para el lector esto puede ser siniestro; pues culturalmente aquello que se relaciona con la muerte contiene siempre algo oscuro. Recordemos que, en su momento, Freud mencionó que: “A muchos seres humanos les parece ominoso en grado supremo lo que se relaciona de manera íntima con la muerte” (Lo Ominoso. párr. 57).

Durante el sueño que tiene la protagonista se hace referencia a los ojos por primera vez en el relato. A través de la descripción de estos órganos, tanto para la mujer, como posiblemente para el lector, el aspecto extraño que tienen los ojos puede ser siniestro: “[...] Mi abuela detuvo su canto para pedirme que mirara a los ojos del perro. Con mucho cuidado hice a un lado el

¹²Atmósfera: “II- .Sentido figurado El término atmósfera designa también un clima afectivo. [...] El conjunto de elementos materiales de una obra de arte, que concurren para darle una cierta dominante afectiva [...] La novela de atmósfera [...] son las que se complacen en una dominante general de angustia y de sexualidad. El término [...] no carece de analogía con el de ambiente” “Atmósfera.”

pelaje que cubría los ojos de Niebla. Entonces, me encontré con una espesa capa de lagaña que los tapaba por completo — Ellos pueden ver a los muertos” (el subrayado es mío 41).

Mediante la adjetivación y la descripción de los ojos de Niebla; “una espesa capa de lagaña,” es que busco provocar en la mujer temor y desconcierto. Así que, para el lector los ojos del animal dejan de ser familiar y se torna en algo ominoso.

Los mecanismos vistos que generan un sentimiento ominoso en la narración van aumentando gradualmente; a esto se añade la creencia de que los animales pueden ver o presentir cuando está cerca la muerte, y Cande se lo dice a su nieta: “Ellos pueden ver a los muertos.” Además, de otros elementos que pueden ser conocidos para el lector por su relación con lo ominoso, como veremos enseguida.

Lo siniestro lo trabajo no sólo desde la construcción del espacio, ya que también retomo algunas costumbres y creencias ligadas a lo espiritual. Durante la madrugada de la noche de muertos la atmósfera que rodea a la protagonista se vuelve ominosa. Sofía espera, según su creencia, la llegada de las almas, tal como lo hacía su abuela Cande.: “[...] Yo me quedo a esperar a las almas, como Cande lo hacía. Sólo una lámpara y velas encendidas me acompañan en mi rezo. Miro mi reloj, son las tres de la mañana” (el subrayado es mío, 42).

Los elementos que dan forma a la situación y que construyen el espacio son: el murmullo de su voz (al hacer sus oraciones), la lámpara y las velas. Además, el clímax inicia con una marca temporal que es familiar al lector, la noche del “día de muertos” o de “los fieles difuntos; “donde se cree que la frontera entre el mundo de los vivos y los muertos desaparece”. (History, *La noche de los muertos*). Por otra parte, justo cuando la protagonista está a punto de retirarse a dormir nota que Niebla, a pesar de ser un perro anciano y enfermo, se levanta sorprendentemente con gran vitalidad del rincón donde duerme.

La protagonista comienza a padecer los síntomas físicos, propios de la angustia: el latido fuerte del corazón, los sentidos que se agudizan cuando ella percibe que “El silencio se interrumpe por una serie de murmullos que, poco a poco, se hacen más fuertes” (43). Los elementos que refuerzan el sentimiento ominoso son: el aspecto de los ojos de Niebla (que contrastan con la imagen del sueño); el aroma a copal anuncia a la protagonista la presencia de su abuela. Recordemos que otro mecanismo que genera lo ominoso es el retorno de los muertos “[...] la angustia primitiva frente al muerto [...] es probable que conserve su antiguo sentido: el muerto ha devenido enemigo del sobreviviente y pretende llevárselo consigo para que lo acompañe en su nueva existencia” (Lo ominoso. párr. 57). El reencuentro de la protagonista con Candelaria es claramente siniestro, y más aun el final sorpresivo con el desplazamiento de la personalidad de la joven al cuerpo de Niebla.

“En mi cielo” intenté construir el efecto de la angustia de otra manera. Pero los ojos se conservan como elemento clave para el sentimiento ominoso. Alondra, la protagonista, durante una reunión en el trabajo nota que Rubén, uno de sus compañeros, tiene los ojos color azul; Dentro de una aparente cotidianidad, que da el entorno laboral, la mujer desarrolla una obsesión por los ojos del joven.

Lo ominoso ocurre cuando, por casualidad, la protagonista descubre que su amiga Claudia tiene una relación con Rubén. Alondra se siente traicionada. El coraje y la posibilidad de perder algo que, para entonces, ella considera suyo, la enfada. “Sentí gran coraje. El lápiz que traía en mis manos se quebró. Mis sienes palpitaban fuerte. Rubén tenía a Claudia recostada sobre la mesa. Mientras la acariciaba y subía poco a poco su falda, él la miraba fijamente con sus ojos azules” (49). En la cita no sólo encontramos enojo en la protagonista, también podemos constatar una obsesión por los ojos de Rubén. Esta reacción, tal vez, pudiera ser un asomo de

angustia; no es sólo el hecho de que él mire a otra, es la posibilidad de perder algo que cree suyo. No es Rubén, son sus ojos.

Recordemos que, al respecto, Freud afirma que cuando nos encontramos ante la posibilidad de perder los ojos en cualquier circunstancia se experimenta angustia; la idea de perderlos resulta siniestra. Él lo dice de esta manera: “[...] el temor por la pérdida de los ojos, el miedo a quedar ciego, es un sustituto frecuente de la angustia” (17). Algo que es importante señalar es que, a diferencia de “La mirada de Niebla,” la atmósfera en este cuento no es siniestra. Sin embargo, lo ominoso lo ubicamos en el momento en que Alondra extrae los ojos de Rubén, debido a la frialdad de la mujer por conservar los ojos. Para Alondra obtener estos órganos representa no sólo la realización de la promesa hecha por su padre, también su objeto más valioso. “En ese momento, no podía pensar en otra cosa que no fueran esos ojos. No soportaba la idea de perderlos. Después de unos cortes quedó al descubierto lo que tanto quería, mis ojos azules” (50).

En este relato lo siniestro se da por el cambio gradual en la personalidad y comportamiento de Alondra; provocando que éste deje de ser familiar al lector. Lo ominoso se intensifica casi al final del relato, cuando ella invita a pasar a una joven de ojos azules que ha tocado a su puerta; repitiéndose lo ocurrido con Rubén. Al mismo tiempo, se busca que el lector sea atrapado por el fenómeno de la repetición. Esto inicia cuando Alondra, quien además es la narradora, cierra la puerta evitando que se observe lo que ocurre dentro de su hogar; paralelamente excluye al lector del relato; dejando en él un sentimiento de angustia porque sabe lo que pasará. A lo largo de la narración elementos que son familiares al lector, por ejemplo, el trabajo como parte de nuestra cotidianidad y la relación entre compañeros poco a poco se transforman en algo oscuro y siniestro como ocurre con Alondra que después de ser la mujer tímida y soñadora se convierte en mujer obsesionada que llega al asesinato. Tal vez, el lector se

pregunte en su vida qué hay tras el compañero o vecino que cada mañana le saluda y, si realmente es lo que aparenta ser.

La escritura de este cuento en particular, hasta cierto punto, fue fluida. Sin embargo, al momento de construir el instante en que Alondra obtiene el objeto preciado tuve algunas dificultades. En las primeras versiones del cuento intenté describir cómo la protagonista extraía los ojos a Rubén. Sin embargo, al momento de indagar la manera en que se llevaba a cabo el procedimiento, me encontré con que el procedimiento era demasiado complejo; así que me enfoqué en la reacción de Alondra al momento de obtener los ojos. De esta manera, me permití ver el efecto de la angustia de forma diferente. Al escribirlo, quise explorar hasta qué punto podía llevar a la locura a mi protagonista.

Otro cuento donde a través de la descripción tanto del espacio como de las emociones de Angélica, la protagonista, trato de construir el efecto de la angustia es “Mi querido Joel”. El texto aborda un instante de la vida de Angélica, un ama de casa que, una mañana, al despertar reflexiona sobre su vida, además de sentirse ajena y separada de sus hijos y su pareja. Tal sentimiento lo podemos ubicar como una angustia surgida a partir de la separatidad. Como podemos observar a continuación:

Joel entra a la cocina acomodándose la corbata, tras él vienen los niños recién bañados [...]. Ellos juegan y bromean con su papá, mientras desayunan. Deborah abraza a Joel y toca su rostro con delicadeza. Ese mismo rostro que antes yo también acariciaba, Roberto se les une. Se ve que Joel los quiere, a ellos no les pega ni maltrata como a mí (46).

En esta ocasión el efecto sí se encuentra en un personaje: la protagonista. Para el análisis de este relato podemos regresar a la teoría propuesta por Fromm que afirma que: “La necesidad más profunda del hombre es, superar su separatidad, de abandonar la prisión de su soledad. El

fracaso absoluto en el logro de tal finalidad significa la locura” (10). Fromm señala que el ser humano tiene la necesidad de romper con aquello que lo separa de los otros y provoca soledad. Angélica busca superar la separatividad, esa que le provoca soledad y angustia.

En el fragmento citado, Angélica se siente por completo rechazada y ajena de ese entorno familiar. En su tono se muestra un dejo de amargura que se acentúa al observar la relación que existe entre su hija y Joel. La cercanía de la niña con su padre se refleja en la imagen de Joel permitiendo que Deborah lo “abraza” y “toque” el rostro. Algo que Angélica no puede hacer, a ella le “pega” y “maltrata.” Esta revelación enfatiza en la mujer su lejanía y separatividad de ellos.

La angustia que Angélica experimenta se dispara un poco antes, justo cuando enfrenta a un espacio dentro de su hogar donde ella se siente extraña:

[...] me dirijo a la cocina. Me detengo en la entrada. Observo que todo allí es blanco; la estufa, el refrigerador, la alacena, la pequeña mesa y las sillas en la que a diario nos sentamos. Hasta el piso, las paredes y las cortinas son del mismo color. Cuido y limpio todo y nada de esto es mío. La estufa era de mi madre; lo demás lo compró Joel (45).

Al escribir este cuento pensé en un espacio completamente blanco (supongo que influyó en mí el lugar común de cómo se describen los cuartos de los psiquiátricos) que representara no sólo la angustia de la protagonista, también, la locura. Así que esta idea la trasladé a la cocina, un espacio significativo para ella. Además busqué romper con el modelo que representa ese lugar como: “el espacio maternal por excelencia; donde la madre arquetípica cumple una de las funciones primordiales [...]” (Lanz 60) paradójicamente la imagen de Angélica parada a la entrada de la cocina, enfrentándose a ese espacio, contrasta con la imagen tradicional del ama de casa ideal; en este espacio ella se siente extraña y ajena; pues nada de lo que se encuentra allí es suyo.

La protagonista dentro de ese espacio encuentra un objeto en el cual refugiarse. Ella personifica¹³ a este elemento de la cocina (el horno). Al momento de escribir esta parte consideré al objeto como un cómplice y el único ser que la quiere:

No hay ni una mancha de cochambre en la estufa; a la mínima insinuación de mugre, Joel me manda tallarla. Lo único negro es el interior del horno, que de vez en cuando me doy el lujo de no limpiar. Él es el único que me quiere. Los demás muebles se empeñan en ver mis manos gastarse (El subrayado es mío, 45).

Como se puede observar en el subrayado, la mujer encuentra cierta protección en el fondo color “negro” de ese objeto que ha personificado, que ha humanizado al decir que “es el único que la quiere”; El horno en este caso puede funcionar como una metáfora que alude al vientre materno. Dice Freud en la 10ª Conferencia que “muchos símbolos se relacionan más con el vientre materno [...] como *armarios, hornos* y, sobre todo, la *habitación*” (*Obras completas. Tomo XV. “10ª Conferencia. El simbolismo en el sueño”* p. 142). Angélica, por otra parte, no sólo se siente agredida por Joel, también, por los demás objetos de la cocina que ve como seres. Al mismo tiempo, en la cita vemos el indicio de que algo no está bien en ella.

En la descripción del escenario hago uso del blanco.¹⁴ Consideré este color como un elemento contradictorio, ya que para la protagonista no representa paz, ni tranquilidad; por el contrario, para ella el color lo convierte en un espacio de desesperanza. En contraste, Angélica se refugia en la oscuridad del horno, en ese lugar se oculta y encuentra consuelo y, paradójicamente, tranquilidad porque no está obligada a limpiar el interior del objeto.

¹³ “Una de las figuras retóricas es la prosopopeya, también conocida como personificación. La prosopopeya consiste en dar a las cosas inanimadas una dimensión humana. Esto quiere decir que a algo que no tiene vida, el escritor le otorga un sentido humano, es decir, se da una personificación” “prosopopeya.”

¹⁴ Blanco: “El blanco del Oeste conduce a la muerte, que absorbe al ser y lo introduce en el mundo lunar [...] conduce a la ausencia, al vacío nocturno [...] El blanco actúa sobre nuestra alma como el silencio absoluto... Este silencio no está muerto, reposa de posibilidades vivas... es una nada llena de alegría juvenil [...]” “Blanco.”

Tal como dice Fromm, el fin de la protagonista es acabar con la soledad y contrarrestar esa sensación de separatividad con respecto a los otros. Sin embargo, el no poder superar la separatividad lleva a Angélica a la locura y, en consecuencia, a envenenar a su familia. Pareciera que con este acto desaparece su sentimiento de exclusión del círculo familiar; pues sólo en ese momento Angélica cree sentirse parte de ellos:

Miro cómo Deborah y Roberto palidecen, y ponen las manos sobre sus barriguitas. Se ven tan lindos, así calladitos, mirándome sin decir nada.

[...] los niños siguen mudos; no hicieron más que deformar mi cuerpo. Yo no sé qué siento, todo me duele. ¿Se quejan? ¿Dicen algo? Sólo escucho el reloj. Se deshace el rostro de Joel, mi querido Joel (46).

Con este acto que refleja la angustia (por separatividad) de Angélica, podemos pensar que ella se siente menos alejada de su familia; pues, por un momento, cambia la manera en que se expresa de los niños y los adjetiva como: “lindos” y “calladitos.” Sin embargo, más adelante, de nuevo brota el sentimiento de amargura en la mujer al mencionar que: “no hicieron más que deformar mi cuerpo (los niños).” Estos pensamientos contradictorios se dan en un aparente silencio en el que Angélica cree estar, y en el que parece enloquecer, pues no es congruente la manera en que nombra a Joel “querido” y el acto que acaba de realizar.

En *Veintisiete líneas* también hay narraciones donde la construcción de la angustia se da con elementos como el punto de vista y la descripción de las sensaciones de los personajes, que funcionan como parte fundamental del efecto. Cabe señalar que en cuentos como: “Atrapado,” “Desde la puerta” y “Mitin;” la angustia no tiene una ubicación determinada; pues ésta se va construyendo a lo largo de la narración.

En “Desde la puerta,” por ejemplo, se narra la historia de Omar, un joven que tras la pérdida de su padre se sumerge en una situación de incesto, debido a que Angélica, su madre, ve

en él la imagen de su esposo fallecido. En este cuento el punto vista que nos ofrece el narrador se mueve entre la omnisciencia (cuando el narrador nos cuenta el pasado de Omar y su mamá); y la cuasi omnisciencia. Siendo esta última la más constante en el relato. El narrador cuasi omnisciente no muestra los pensamientos de los personajes; simplemente se dedica a describirnos lo que está presenciando. Imbert dice sobre esta figura narrativa que:

No es omnisciente porque ni entra en las mentes de sus personajes ni sale en busca de explicaciones para completarnos el conocimiento de lo que ha ocurrido [...] es una especie de semidiós [...] nos da un informe objetivo, aunque [...] falten los datos de la secreta intimidad de los personajes. Observa sólo las acciones externas [...] Nos enteramos de las emociones de alguien por sus ademanes, voces, lágrimas, risas, por la palidez o por el rubor, en fin, por el lenguaje visible y audible de su cuerpo [...] (62).

El lector no se entera de lo que piensan los personajes.

Al comenzar a escribir “Desde la puerta,” consideré que el protagonista debía tener una visión limitada de la situación (en cuanto a lo que percibía); y en la que además, se mostrara en una posición de vulnerabilidad. Quería un narrador omnisciente que observara desde una especie de rendija, pero que no contara todo; y diera sólo la información necesaria. La tercera persona cuasi omnisciente que Imbert propone llena en gran medida las características del narrador que se presenta en mi texto. La angustia se construye mediante la descripción de las sensaciones de Omar y la situación en la que se encuentra. Por otra parte, la estructura del cuento no sólo muestra desde el inicio el conflicto; también el punto de vista que da la tercera persona (cuasi omnisciente) busca involucrar de inmediato al lector con el protagonista.

La angustia del joven se da en un principio por algo que es desconocido para el lector y, aparentemente, también para el protagonista. “Era de madrugada cuando el rechinar de la puerta

de su recámara abriéndose lo despertó. Alguien lo observaba. [...] Omar estaba cubierto de pies a cabeza. Adquirió esa costumbre desde que su padre había muerto. Ahora sólo era un bulto sobre la cama” (51). Aquí hay algo que amenaza a Omar. Dice Freud que “[...] llamamos ominosa a una persona viviente, y sin duda cuando le atribuimos malos propósitos [...]” (Freud. “Lo ominoso”. 242).

En la cita, no sólo se menciona la ubicación con respecto al tiempo: “madrugada”, y el espacio: “recámara”. También encontramos en lo ominoso de la situación elementos clásicos del suspenso como: “el chillar de la puerta” y “alguien observándolo”. Esto último es “[...] resultado del misterio, el lector o espectador sabe que hay un secreto, [...] En este caso, el narrador compite con el lector, y deber sorprenderlo. Ello atrae la curiosidad de este último” (“El suspenso narrativo,” Lauro Zavala). Esta imagen con la que se abre la narración es compleja, no sólo por la gran cantidad de información dada al lector para atrapar su interés, también nos indica que el desenlace puede ser sorpresivo con el misterio de saber quién lo observa. Es importante recordar que Freud afirma que la angustia se da a partir de la existencia de algo que perturba o amenaza; eso que intranquiliza advierte de algún peligro. De allí la posición en la que se encuentra el personaje, él está cubierto “de pies a cabeza”; Omar intenta ocultarse de algo.

El miedo es “[...] una de las emociones más antiguas y poderosas de la humanidad, el miedo más antiguo y poderoso es el temor a lo desconocido” (Lovecraft, 5). Aunque no es algo evidente para el lector la oración con la que abro el cuento “Olvidó poner el seguro” la escribí pensando en que hubiera algo a lo que temiera Omar y por lo cual se sintiera amenazado. Tal como lo menciona Heidegger lo amenazante es aquello que está presente, pero, que al mismo tiempo, no está o no podemos ubicar plenamente.

Parte de la construcción del efecto de la angustia se basa, además del punto de vista, en la recreación de la atmósfera. Lovecraft dice que: “La atmósfera es siempre el elemento más

importante, por cuanto el criterio final de la autenticidad de un texto no reside en su argumento, sino en la creación de un estado de ánimo determinado” (9). La atmósfera siniestra que envuelve a Omar le provoca angustia; y ésta se ve reflejada en las reacciones corporales del protagonista.

Como se ve en el siguiente fragmento:

[..] los latidos de su corazón se aceleraron y, poco a poco los sintió en sus oídos. Lentamente llevo una de sus manos hasta su boca y la apretó. No podía, sólo emitía pequeños jadeos. Se encogió y pudo sentir su estómago oprimido (el subrayado es mío, 52).

Las sensaciones y reacciones anteriores, que percibe el protagonista, las podemos vincular con un estado angustioso. Básicamente, en este fragmento, encontramos que existe una serie de elementos que se relaciona con los sentidos. Esto lo provoca la hora “madrugada” y la obscuridad implícita de la habitación, por lo que los sentidos de Omar se agudizan, al grado de poder escuchar cómo los “latidos de su corazón se aceleraron,” esta sensación se relaciona con lo auditivo. El tacto, también aparece “[...] llevó una de sus manos hasta su boca y la apretó”, la imagen está construida a partir del contacto físico que tiene el niño consigo mismo, al mostrar el miedo que le produce la situación.

Las siguientes son reacciones corporales “[...] le impedía respirar”, “de su boca surgían pequeños jadeos”. “[...] se encogió y pudo sentir su estómago oprimido”. En este momento el lector puede reconocer que el personaje se encuentra bajo un estado de angustia como la vista con Freud: “[...] la perturbación de una o más funciones físicas, tales como la respiración, la circulación, la inervación vasomotora o la actividad glandular. [...] ‘palpitaciones, disnea, sudores, bulimia’” (“La neurastenia y la neurosis de angustia”, 4). Por otra parte, vemos cómo Omar hacia el final del relato cambia, y vemos a un personaje que parece excitado volviendo aún más siniestra la situación.

Para el momento del clímax¹⁵ tanto el lector como el protagonista ya han ubicado a la madre como la causa del sentimiento de angustia de Omar. Por otra parte, existe de nuevo un juego con los sentidos: “Bajo las cobijas, Omar escuchó la respiración de Julieta que retumba en el cuarto. Por un momento creyó que su corazón se detendría. Levemente destapó sus ojos. La vio acercarse tambaleante, apenas si podía estar en pie” (los subrayados son míos, 51).

En este párrafo se presentan las reacciones físicas tanto de Julieta como de Omar. Todas percibidas a partir de lo que él escucha, siente y observa; es decir su punto de vista. Para ello he subrayado los elementos: “escuchó la respiración”, “creyó que su corazón se detendría”, “destapó sus ojos. La vio acercarse”.

En adelante, se dan una serie de sucesos con los que pretendí dar un giro a la historia, como por ejemplo; el hecho de que el protagonista siente angustia ante la presencia de su madre y el posterior acercamiento de ésta; al mismo tiempo que existe sorpresa y, tal vez una sensación horror en el lector por la reacción de Omar, que resulta no sólo en un final sorpresivo (como lo menciona Beristáin) sino, que también, busca impactar al lector, una vez que se descubre la situación de incesto y la locura de la madre ante la pérdida de su pareja sentimental. Esto ocurre en la parte última del relato cuando el lector se encuentra con la frase que cierra la narración: “No hay que hacer ruido, que Omar despertará” (52). Donde, además, nos encontramos lo siniestro, el cual se encuentra representado en la figura de la mamá, no sólo debido al incesto sino, también, porque la mujer ha desplazado la identidad de su hijo haciéndolo tomar el lugar del padre. Por otra parte, en el lector se puede dar cierta angustia al momento en que nota que la mujer ha perdido la razón, por el acto que lleva a cabo.

¹⁵ Gradación: “[...] La palabra clímax se emplea con mayor frecuencia para denotar el punto culminante del proceso de acumulación de efectos expresivos que tiene tanto del *lenguaje* como de la elección y disposición de otros elementos estructurales tales como *acciones*, *personajes*, datos espaciales y temporales, etcétera; es decir, el punto de máxima tensión y mayor interés (al que TOMACHEVSKI llama —en alemán— “*spannung*” que desde un punto de vista lógico, funciona como *antítesis*, sucede al *nudo* (que sería la *tesis*) y precede al desenlace (que funge como *síntesis*) Gradación (o aumentación y clímax, desenlace, anticlímax, contragradación) (Gradación).

En “Mitin”, otro de mis cuentos, encontramos la angustia en otra variante. Un narrador en primera persona cuenta la vida llena de carencias del protagonista, la pérdida de su familia a causa de la pobreza; el posterior abandono de su pueblo y su regreso años después, como un político exitoso que llega a desafiar a la tierra que le arrebató todo. Por cuestión de tiempo y espacio me ubicaré en el momento en que se dispara la angustia.

El protagonista se encuentra sobre el templete, ubicado en la plaza del pueblo, ofreciendo su discurso de campaña, en el momento en que aparece una parvada de aves que lo inquietan:

[...] una parvada de zanates apareció. Las aves dieron vueltas a nuestro alrededor, su graznido lastimó mis oídos. [...] Tuve una sensación rara de incomodidad y desconfianza [...]. Alguien brincó en el templete y las maderas rechinaron [...] Noté que la copa de uno de los árboles había sido devorada tal vez, por cientos de zanates. En los techos de las casas, en el quiosco, en el Palacio Municipal y también dentro del campanario de la iglesia había aves. Las plumas negras de los zanates brillaban más con el sol. Sus enormes y filosos picos abiertos me atemorizaron. Sus ojos amarillos me miraban con atención (los subrayado son míos, 35).

A partir de la aparición repentina de las aves, los sentidos y las emociones del personaje busqué construir la angustia que surge de lo ominoso. Desde la posición del protagonista el lugar se transforma en algo siniestro, provocando en él un sentimiento de intranquilidad como se observa en la siguiente cita: “Tuve una sensación rara de incomodidad y desconfianza”. En ese momento sus sentidos se alteran, su percepción de la realidad se transforma e hiperboliza¹⁶ la situación; a tal grado, que el personaje cree escuchar el rechinar de la madera; “Alguien brincó en el templete

¹⁶ “Exageración o audacia retórica que consiste en subrayar lo que se dice al ponderarlo con la clara intención de trascender lo verosímil, *es decir rebasa hasta lo increíble [...] pues la hipérbole constituye una intensificación de la “evidentia” * en dos posibles direcciones: aumentando el significado* (“se roía los codos de hambre”), o disminuyéndolo (“iba más despacio que una tortuga”)) (Hipérbole).

y las maderas rechinaron” y “Noté que la copa de uno de los árboles había sido devorada tal vez, por cientos de zanates”.

Más adelante, cuando el político ha concluido su discurso se acerca a la valla iniciando un recorrido entre los asistentes. Bajo el intenso sol, la muchedumbre que lo rodea, poco a poco se convierte en algo monstruoso, al menos a los ojos del protagonista. En adelante, se intensifican las sensaciones y se mantiene así hasta la conclusión del relato; esto acompañado del elemento fantástico, como veremos a continuación:

No me di cuenta de en qué momento dejé de percibir el aroma a perfume y la frescura de los cuerpos limpios del principio. De pronto, el olor fue diferente; era como si estuvieran a mi lado mi padre y mi hermano oliendo siempre a sol, a sucio, a pobreza [...] (37).

En esta imagen vemos el uso del sentido del olfato con: “el aroma a perfume” y el sentido del tacto en: “la frescura de los cuerpos”; este último elemento trae a la memoria del protagonista la causa de la decadencia de su familia: la pobreza. Además, la presencia de sus familiares a partir del aroma, nos lleva a uno de los mecanismos que causan lo siniestro: la repetición. Algo que puede indicar al lector que el personaje probablemente compartirá el mismo destino que sus familiares.

A partir de este momento las reglas del universo del protagonista se alteran, dejándolo en un mundo donde las personas ya no son más humanos. En su lugar se encuentra algo que a sus ojos se torna monstruoso, como se observa a continuación:

De pronto, uno, dos, tres pares de brazos me oprimen el pecho. Bocas que dejaban al descubierto una cavidad oscura de la que salía un vapor caliente. Giré. Fosas nasales que se expandían y contraían [...]. Cabezas gigantes. Miles de ojos que parecían querer salir de sus cuencas (38).

En estos momentos tanto el lector como el protagonista tienen una visión limitada, y sólo alcanzan a ver esos seres deformes que los atrapan y consumen lentamente.

Mis piernas se doblaron, ya no tenía fuerza para escapar del monstruo. Levanté la mirada al cielo; poco a poco, el sol se fue consumiendo hasta ser sólo un pequeño círculo que se perdió en el infinito (39).

Desde la posición del protagonista vemos cómo se transforman el lugar y las personas dando paso a algo siniestro, para él y, luego, compartir esa perspectiva con el lector. El pueblo y las personas que en un principio eran familiares se desfamiliarizan. De allí, la importancia del narrador en primera persona protagonista, pues “invita al lector a seguirlo y a unirse como una persona más en esa concurrencia de subjetividades” (Paredes 60).

El reto en este cuento radica en la creación del momento en que el protagonista y lector se sumergen entre la muchedumbre. Para mí, es importante que el lector logre ver al ser sin forma en que se convierten los habitantes del pueblo. Como afirma Paredes, el narrador, en este caso en primera persona, debe incitar al lector no sólo a acompañarlo en ese mundo en que habita, sino también a que se involucre tratando de sentir lo que el personaje percibe.

Elegí a “Mitín” para cerrar el análisis de mis cuentos porque lo considero uno de los textos donde mejor trabajé el efecto de la angustia. Además de que el personaje y la anécdota que planteo me permitió jugar con dos mundos: la “realidad” del protagonista y uno “fantástico”. En este relato retomé un elemento clásico del terror (con la imagen de los pájaros en la plaza). Así mismo se pudo analizar la angustia que lleva a lo siniestro y que se percibe en todo el lugar, en la atmósfera, en la vida del personaje y en la transformación que sufre esa muchedumbre, que aparentemente, no deja que abandone el pueblo. Este cuento desde mi punto de vista, se puede abordar de una manera más profunda, pues también se puede cuestionar la cordura del personaje y su percepción de la realidad. Yo en este breve análisis mostré una manera de analizarlo.

Conclusión

Mi inclinación por mostrar las sensaciones que perciben mis personajes y la descripción de los lugares en que habitan se hizo evidente durante mi análisis. Cada personaje se llevó no sólo parte de mi tiempo, también un poco de mí, mis temores y algunos recuerdos. Al iniciar este análisis me pareció entrar en una habitación oscura donde debía utilizar mis sentidos: tocar, escuchar, percibir y recurrir a la memoria para conocer el espacio y comprender lo que allí habitaba. Así entré a mis cuentos. La oscuridad que los rodeaba se disipó poco a poco mientras recordaba cómo habían surgido y cómo los había construido. Finalmente, logré ver el núcleo de mis textos. En él me encontré con pequeños mundos formados con instantes de muchas vidas, cuyos protagonistas se movían entre la nostalgia, la locura y, sobre todo, la angustia.

Los mundos oscuros que construí a través de las descripciones, las atmósferas y los puntos de vista, lograron que mis personajes y, espero que el lector, pudieran experimentar un efecto angustioso que se acompañaba de un tono siniestro. Sin embargo, este ejercicio reflexivo no sólo me permitió profundizar en mis narraciones, ya que mientras analizaba los cuentos noté que en ellos se reflejaban mi temor a la oscuridad, a los lugares encerrados y al olvido.

Cada psicoanalista, filósofo y teórico visto me ayudaron a comprender la angustia, esa que un día se escapó de mi vida y fue a refugiarse en mis cuentos. Darle cuenta de que esta vieja conocida no me abandonó fue una sorpresa; conocerla en su forma física y abstracta lo fue aún más. Considero que la descripción y el punto de vista que me ofrecía cada narrador, fueron las herramientas principales en la construcción de esos pequeños fragmentos de la vida de mis personajes.

Con este trabajo recepcional no sólo concluí un ciclo académico, también descubrí mi inclinación por trabajar desde las emociones y sensaciones, las cuales son fundamentales en la construcción de mis personajes. Para mí la angustia es una sensación de ahogo, son las noches de insomnio que traen a mi mente imágenes que revolotean buscando salir; a mi angustia sólo la calma la escritura. Poder transmitir al lector algo tan íntimo como aquello que sentimos y al mismo tiempo liberarnos es un privilegio. Escribir es una de las experiencias más maravillosas que el ser humano puede experimentar.

Considero que mis cuentos me representan como una escritora observadora no sólo de su entorno, sino que pone especial atención en los detalles que quizá para otros no tengan importancia. Donde el sólo hecho de escribir un mensaje puede mostrar y reflejar a una sociedad que vive a partir de la aceptación de los otros, y me atrevo a pensar, en una decadencia de valores no sólo éticos, sino también nuestra valorización como seres humanos.

A lo largo de este trabajo fue interesante observar y descubrir que mis cuentos no sólo muestran mi manera de ver el mundo, sino también el darme cuenta que la angustia es algo que ha preocupado desde siempre al hombre y, que éste ha intentado no sólo definirla sino comprenderla. La filosofía muestra a la angustia desde su abstracción como un problema ligado a la condición humana, mientras que el psicoanálisis nos intenta decir cómo es y lo que se siente cuando ella nos abraza.

Finalmente puedo decir que después de este análisis he logrado definir, en gran parte, el estilo de narración que me gustaría seguir desarrollando en mis cuentos, esto es crear desde las emociones, para construir una sensación de intimidad entre el lector y texto.

Me considero afortunada por haber encontrado en mis cuentos esta temática. Y aún más cuando sé que la angustia aparece de forma casi natural en mis relatos, sobre todo, porque es uno de los pocos temas de creación que no se agotan, pues a cada uno de nos nosotros nos angustian

cosas diferentes y la vivimos de diferente forma. Yo mientras tanto aguzo mis sentidos y espero a que surja para llevarla poco a poco a mis cuentos.

Bibliografía

- Anderson Imbert, Enrique. *Teoría y técnica del cuento*. Barcelona: Ariel letras, 1999.
- “Angustia” en Consuegra.
- “Angustia “en Comte.
- Argüello Manresa, Gemma. “La paradoja del suspenso.” *Daimon Revista Internacional de Filosofía*. Núm. 68. 2016. En: revistas.um.es/daimon/article/view/205241/194821.
- “Atmósfera” en Souriau.
- Beristáin, Helena. *Diccionario de Retórica y poética*. México: Porrúa, 1995.
- “Blanco” en Chevalier.
- Bosch, Juan. *Cuentos selectos*. Venezuela: Biblioteca Ayacucho, 1993.
- Carroll, Noël. *Filosofía del terror o paradojas del corazón*. Traducción: Gerard Vilar. Sin país. A. Machado libros. 2005.
- Chevalier, Jean. *Diccionario de los símbolos*. Barcelona: Editorial Herder, 1986.
- Consuegra Anaya, Natalia. *Diccionario de psicología*. 2ª edición. Colombia: Ecoe Ediciones, 2011.
- Comte Sponville, André. *Diccionario Filosófico*. Tr. Jordi Terré. Barcelona: Paídos. 2003.
- “Cuento” en Beristáin.
- “Descripción” en Beristáin.
- Delumeau, Jean. *El miedo en Occidente*. México: Taurus, 2005.
- Diccionario Enciclopédico*. Colombia: Larousse, 1999.
- Diccionario de la lengua española*. En: <http://dle.rae.es?id=EOoHYxJ>. 17 de agosto de 2016.
- “Efecto” en *Diccionario de la lengua española*.
- “Estructura” en Beristáin.
- Ferrater Mora, José. *Diccionario de Filosofía*. Tomo I. Barcelona: Ariel, 1999.

“Freud “en Ferrater.

Freud, Sigmund. “La neurastenia y la neurosis de angustia. 1894 (1895).” Sin país: Biblioteca Virtual Universal, Editorial del Cardo, 2010.

En: www.biblioteca.org.ar/libros/211759.pdf. 18 de julio de 2015.

--- “Lo siniestro o lo ominoso”. www.damiantoro.com. En:

<http://www.damiantoro.com/frontEnd/images/objetos/LOOMINOSO.pdf>. Marzo de 2015.

---Trad. de José L. Etcheverry. “Más allá del principio del placer” en *Obras Completas* Tomo XVII. Argentina: Amorrortu editores, 1992.

Fromm, Erich. *El arte de amar: Una investigación sobre la naturaleza del amor*. México: Paídos, 2007.

“Gradación” en Beristáin.

“Heidegger” en *Diccionario Enciclopédico*.

Heidegger, Martín. *Ser y tiempo*. Traducción, prólogo y notas de Jorge Eduardo

Rivera. En [www.afoiceeomartelo.com.br/posfsa/Autores/Heideggeer,](http://www.afoiceeomartelo.com.br/posfsa/Autores/Heideggeer,%20Martin/Heidegger%20-)

[%20Ser%20y%20tiempo.pdf](http://www.afoiceeomartelo.com.br/posfsa/Autores/Heideggeer,%20Martin/Heidegger%20-%20Ser%20y%20tiempo.pdf). 28 de mayo. 2016. Edición digital.

“Hipérbole” en Beristáin.

Hoffman, E.T.A “El hombre de arena.” En: ciudadseva.com/texto/el-hombre-de-arena/. 28 de junio de 2016.

Kierkegaard, Sören. *El concepto de la angustia*. Madrid: Selecciones Austral, 1982.

Kohan, Silvia Adela. *Escribir literatura erótica*. Sin país: Editions Clément, 2013.

La noche de los muertos. Prod. Pedro Lozano. History, 2010. En:

<http://youtube.com/watch?v=TPYQADT0w5Y> . 15 de agosto 2016.

King, Stephen. *Danza macabra*. Traducción: Óscar Palmer Yáñez. Sin país: Editor digital: Titivillus. 1981.

Lanz, José. *Alas de Cadenas: Estudio sobre Blas de Otero*. Director: Antonio Ferrater. Colección Iluminados (Filología, crítica y ensayo). España: Iluminaciones Renacimiento, 2000.

Lovecraft, H.P. *El horror sobrenatural en la literatura*.
En: http://www.alconet.com.ar/variros/libros/e-book_e/El_horror_Sobrenatural_en_la_literatura.pdf. Junio 10 de 2016. Versión digital.

Menton, Seymour. “Prólogo. en” *El cuento hispanoamericano*. México: FCE, 1972.
“Narrador” en Beristáin.

Moreno Claros, Luis Fernando. *Martín Heidegger el filósofo del ser*. Madrid: Edaf. 2002.

Paredes, Alberto. *Las voces en el relato. Manual de técnicas narrativas*. Primera edición. México: Universidad Veracruzana; SEP; INBA, 1987.

Poe, Edgar Allan. *Et.al. El poeta y su trabajo*. México: ICUAP; Centro de Ciencias del Lenguaje; Editorial Universidad Autónoma de Puebla, 1985.
“Prosopopeya” en *Definicion.mx*.
“Sartre” en *Diccionario Enciclopédico*.

Sartre, Jean Paul. *El existencialismo es un humanismo*. México: UNAM, 2006.

Sin autor. 29 de mayo 2016. En: definicion.mx/prosopopeya/.

Souriau, Étienne. *Diccionario Akal de Estética*. Madrid: Ediciones Akal, 2010.

Strathen, Paul. *Kierkegaard en 90 minutos: 1813-1855*. Traducción de José A. Padilla Villate. Madrid. Siglo XXI. 1999.

Todorov, Tzvetan. *Introducción a la literatura fantástica*. Trad. de: Silvia Delpy. México: Premia, 1980.

Zavala, Lauro. “El suspenso narrativo.” Serie: *Visualizaciones (XXXVI) Del cuento policiaco al cine contemporáneo*.

<http://www.chasque.net/frontpage/relacion/0010/visualizaciones.htm>. 14 de abril.2016.

Xirau, Ramón. “Hegel y la caída del idealismo.” *Introducción a historia de la filosofía*.

México: UNAM, 2000.